BOLSILIBROS BRUGUERA

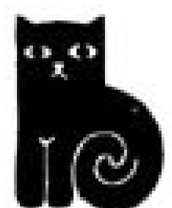
la conquista del ESPACIO

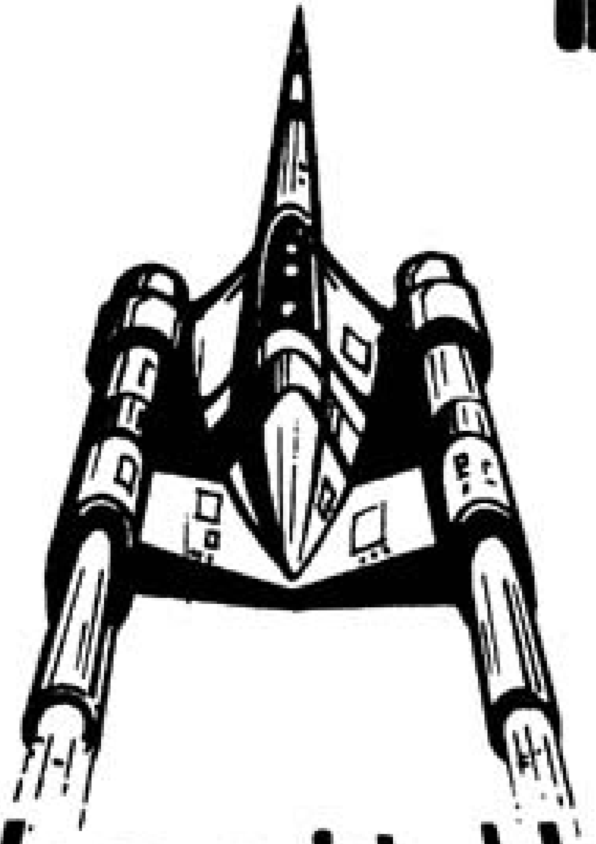
METAL CANDENTE

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





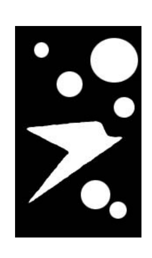


La conquista del ESPACIO

CURTIS GARLAND

METAL CANDENTE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 498
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1979

1

Sucedió después del gran caos y de la era apocalíptica.

Sucedió allá, en aquel confín del Universo donde las cosas ya no eran como antes, donde ya nada sería como había sido en el pasado. Porque la destrucción y el horror habían provocado el gran desastre.

Allí sucedió todo realmente. En mundos de una galaxia fantástica e increíble, donde razas y especies de seres insospechados vivían una existencia hasta entonces adecuada a su mentalidad y a sus medios de desenvolvimiento biológico.

Luego, de pronto, todo cambió. Los mundos fueron distintos. La vida se extinguió en muchos casos. En otros, sufrió mutaciones inauditas.

Y todo porque el gran sol Delirium sufrió una poderosa convulsión interior, no prevista por científicos ni por adivinos de aquellos mundos inteligentes y avanzados.

Y con esa convulsión, se produjo la tremenda explosión solar.

Nubes de fuego y torbellinos de chispas ardientes se elevaron de la superficie de Delirium. El vacío se hizo incandescente. Las pavesas dantescas viajaron por la galaxia, expandiéndose entre los planetas y asteroides.

Las temperaturas se elevaron hasta límites increíbles. El cielo de aquellos mundos pareció de

repente hacerse fuego líquido, Se desparramaron sobre sus superficies lluvias de ardiente lava y de cenizas abrasadoras...

Las arrogantes y poderosas ciudades sufrieron el azote infernal llovido de los cielos. Orgullosas estructuras de metal, de aquel metal plateado que era el material de sus edificaciones urbanas, empezaron a ennegrecerse y arrugarse bajo aquel horror de calor y de fuego irresistible. Los seres vivientes ardían y se calcinaban en momentos, entre despavoridos alaridos de agonía y dolor. Los edificios se fundían, parecían derretirse como simple cera, y las ciudades eran como rugosas deformidades en medio del fuego, la lava y la aridez negruzca de las tierras abrasadas y destruidas...

Así comenzó la era apocalíptica. Así comenzó el gran caos.

Duró tiempo. Mucho tiempo. Algunos planetas quedaron asolados para siempre. Otros, más alejados de la zona solar central, tuvieron algo más de fortuna, y quedó en ellos alguna región menos azotada por el desastre planetario.

Pero la hecatombe se había producido. Los mundos eran ya silenciosos lugares de ruinas siniestras. Pasarían siglos antes de que nadie pudiera revivir allí, de que alguna forma de vida se desarrollase lo suficiente para formar una nueva sociedad.

Y esos siglos pasaron.

Pero en el oscuro período conocido como el Tiempo Novo, apenas terminada la era apocalíptica, ocurrieron cosas imprevisibles en aquellos mundos oscuros y trágicos. Cosas que la más calenturienta

imaginación jamás hubiera sospechado.

Quizá tuvo la culpa de ello alguna nueva forma de vida insospechada por sus habitantes de otros tiempos. Quizá una mutación inexplicable.

O tal vez los oscuros y misteriosos poderes de los que fueron, antes del Gran Caos, sacerdotes o guías espirituales de aquellos pueblos.

Los poderosos y enigmáticos Señores de la Sabiduría, llamados también los magos de la Torre Negra. Ellos regían los destinos de sus pueblos. No por la ciencia, sino por la magia. No por el saber de la técnica y el progreso, sino por el de la brujería y lo oculto. Las orgullosas metrópolis de metal del Imperio Galáctico, eran regidas por la guía espiritual de esos seres esotéricos y misteriosos, encerrados en su Torre Negra de la Sabiduría. Su poder mental o su hechicería habían sustituido al Viejo Orden de los robots, las computadoras y los tecnócratas, y la vida se regía por los poderes de la magia, por las fuerzas de la mente y, tal vez, por aquellos otros factores que no eran conocidos más que por los Señores de la Sabiduría.

Lo cierto es que ellos no pudieron prever, pese a ello, el aterrador holocausto planetario. Ni pudieron impedirlo, llegado el momento. Muchos de ellos perecieron encerrados en su negra torre, que también se derritió, hecha metal candente, bajo la lluvia apocalíptica de fuego. Tal vez murieron sin tiempo a entender lo que sucedía. O tal vez tuvieron ocasión de liberar algunos de ellos uno de sus poderes secretos y terribles, antes de perecer.

Lo cierto es que la mutación inexplicable se

produjo.

Y en el Tiempo Novo, apareció *aquello*.

Aquello que iba a dar a la vida, a la existencia de algo, una forma y dimensión de horror sin límites.

La nueva forma de vida, brotó de ruinas de metal negruzco. Nadie supo nunca cómo. Ni posiblemente lo sabría jamás.

Porque en aquellos mundos desolados, no existía ninguna otra forma de vida con sabiduría o inteligencia para preguntarse nada. En vecinos sistemas solares del Imperio Galáctico, nadie quería aproximarse con sus naves ultralumínicas a aquel sistema solar inerte y maldito.

Por tanto, nada ni nadie se opuso durante un largo período de tiempo a la formación de esa especie de vida que brotó un día en los tétricos parajes de los planetas muertos.

Y cuando alguien conoció su existencia, ese alguien venía de muy lejos. Y ese alguien no fue a los planetas calcinados por curiosidad ni por afán de conocerles, sino por simple accidente.

Ese alguien viajaba con intenciones muy diferentes a enfrentarse con la ignorada y espantosa forma de vida allí germinada.

Ese alguien viajaba por el espacio para cumplir una orden, simplemente.

Y esa orden era *matar*.

Matar a un ser viviente. Matar a alguien a quien ni siquiera conocía.

Pero era su oficio. Y tenía que cumplirlo. Tenía que matar porque así se lo habían ordenado.

Los asesinos matan. Y él era un asesino.

Un asesino viajando por la galaxia en busca de su víctima.

2

Cyrus era un androide.

Un androide preparado para matar. Una máquina de asesinar.

Procedía de Sidérea, la Superestrella de los Asesinos, como era conocida en toda la galaxia. Todos sabían que de allí partía la muerte en cualquiera de sus formas. Que sus amos y señores eran conocidos vulgarmente entre los pueblos del Imperio Galáctico como Los Exterminadores.

Cyrus era un ejecutor. Pero un ejecutor subordinado, no un amo y señor. Su cerebro estaba programado para matar. Recibía una orden. Y la cumplía. Su voluntad no contaba para nada. Sus escrúpulos, tampoco. Su moral no existía. Lo que hubiera en él de humano, estaba supeditado a lo que había en él de máquina. *Parecía* humano, realmente. Pero no lo era. Su rostro hermético, frío, azulado, su cráneo rapado, brillante como el metal, su ovalada cabeza con dos discos adheridos a sus sienes, discos de color azul más oscuro, fríamente metálico, revelaban que allí había mucho que no era humano. Cierto que tenía un cuerpo armonioso, atlético, de un vigor inusitado, recubierto por una especie de traje o malla adherida a su piel, de color azul cobalto, salpicada de electrodos y circuitos que actuaban sobre su

epidermis, bajo control remoto de Los Exterminadores. Para diferenciar a los asesinos por orden de sus amos, aquéllos eran llamados más vulgarmente ejecutores.

Conforme a esa regla, Cyrus era un ejecutor, no un exterminador. Pero trabajaba para Los Exterminadores de Sidérea, la Superestrella de los Asesinos. Sus fríos ojos dorados, de un brillo acerado, como si fuesen dos bloques de oro recubiertos de hielo, centelleaban inmutables en sus estrechas ranuras. La boca apretada, era una dura línea hermética que jamás sonreía. Podía decirse, incluso, que era hermoso. De rostro y de cuerpo. Físicamente era una especie de estatua azul de algún dios pagano de la mitología galáctica.

Detrás de aquella estructura humanoide casi perfecta, se alojaba, sin embargo, una inteligencia neutra, un total vacío cerebral y emotivo. Cyrus, el Ejecutor, no pensaba. Cyrus no sentía, Cyrus no sufría, no se alegraba por nada. No sabía lo que era una emoción.

Pero Cyrus obedecía. Obedecía siempre. Su tarea era obedecer. Buscar a la persona señalada. Y encontrarla.

Y, naturalmente, matarla.

Después, sin sentir dolor, remordimiento ni satisfacción de ninguna especie, regresaba a Sidérea. La misión había terminado. Era todo. Sabía cumplir su trabajo. Era un profesional perfecto. Ni siquiera parecía comprender lo que era matar, destruir vidas. Su rostro no se alteraba cuando se enfrentaba al elegido y le conminaba:

—Defiéndete, porque vengo a matarte.

El señalado tenía a veces una reacción absurda para la mentalidad programada de Cyrus:

—¿Y si no me defiendo?

—Entonces, te mataré igual —era la respuesta impasible de Cyrus—. Elige. Siempre es mejor morir luchando.

Siempre resultaba. El señalado elegía la lucha, intentando salvarse de lo inexorable. La lucha no duraba nunca demasiado tiempo. Cyrus estaba preparado para luchar y matar. Era una máquina que se anticipaba a toda iniciativa enemiga.

Ahora iba viajando por la galaxia en su nave monoplaza. No pensaba en todo eso, por supuesto. Cyrus nunca pensaba. Los electrodos que transmitían a su cerebro las órdenes de sus señores, le impedían pensar. Sus pensamientos estaban controlados y congelados. Sólo se le permitía pensar en su misión, y nada más.

Tenía que buscar a una persona. Era la orden. Cuando lo encontrase, le daría su oportunidad, como a todos. Pero él sabía que eso no era ninguna oportunidad, aunque ello no le preocupara lo más mínimo. El adversario no podía triunfar jamás.

Tenía que cometer otra ejecución. Los Exterminadores así lo habían decidido. El no sabía por qué. Nunca lo sabía. Tampoco sabía quién era realmente su víctima, ni cómo era, ni cuál era realmente su existencia. Sólo sabía un nombre, tenía grabado un retrato en sus circuitos mentales. Y un plan cósmico de las regiones donde buscar a la víctima.

Eso era todo. Era suficiente. Siempre era suficiente. Lo encontraría. Sabía que ya estaba cerca. Cada vez más cerca. No tenía escapatoria. Nadie tuvo nunca escapatoria de Los Exterminadores de Sidérea. Y esta vez no iba a ser una excepción. No podía serlo, y él lo sabía.

Consultó mentalmente su plano cósmico. No necesitaba llevar consigo instrumentos o documento alguno. Le bastaba con su retentiva mental. Podía registrar y memorizar cuanto quisiera. Le bastaba una sola ojeada para grabar en su memoria cuanto deseara. El retrato del sentenciado, su lugar habitual de residencia, el camino a seguir, las posibles alternativas si él escapaba o pretendía ocultarse... Todo. Absolutamente todo estaba allí. Registrado en su cerebro de androide.

Cyrus casi se mostró disgustado, aunque ignoraba cuál era ese sentimiento ni ningún otro. Tenía que desviarse su ruta prevista. Por los circuitos de comunicación con la Superestrella Sidérea, había llegado momentos antes una indicación:

—Informes de la Zona 2.342, confirman evasión de la victima. Ruta seguida, cuadrante 89, coordenadas 382 y 1.126 del Plano Once Astral. Persígala.

Los ojos dorados brillaron con la frialdad habitual, sin excitaciones. Su mente trabajaba con la precisión de una máquina. Lo que verdaderamente era.

Como en una pantalla iluminada, su cerebro reprodujo el Plan Once Astral, y sus circuitos efectuaron los cálculos sobre los datos recibidos. Inmediatamente, apareció en su mapa mental de la

región galáctica que recorría, un círculo luminoso. Era el punto de destino señalado. Sin error posible. Cyrus nunca se equivocaba.

Eso fue lo que le produjo aquella especie de sensación de disgusto. Tenía que dar un rodeo y penetrar en el Sistema Solar Noventa y Dos,

El Sistema Solar Noventa y Dos estaba totalmente destruido desde hacía milenios. Su gigantesca estrella solar, Deliríum, había entrado en convulsión centurias atrás. Su archivo mental le informó de ello con mecánica precisión. Sólo había planetas calcinados, ciudades de metal derretido, milenarios fósiles humanos y total ausencia de vida orgánica.

Y así planetas y planetas. Sin posibilidad de detenerse en ninguno a descansar y reponer fuerzas. Porque Cyrus el Ejecutor también estaba necesitado de alimentarse él mismo, alimentando su organismo humanoide y sus recursos cibernéticos.

No se irritó demasiado por ello. Se limitó a constatar en su mente ese adverso hecho en la alteración de su viaje, y resignarse a parar en cualquiera de aquellos planetas muertos, para alimentarse adecuadamente con sus alimentos concentrados, descansar y regenerar sus circuitos, agotados siempre que un viaje se prolongaba en exceso. Todo androide asesino tenía que reponer la energía de sus agotadas baterías ocasionalmente, y disponía de un período tope para ello. Si ese momento se alcanzaba sin regeneración de sus células biológicas, significaba su final inexorable. Desde Sidérea, partía una descarga letal que, a través de sus

circuitos y electrodos adheridos a su cuerpo atlético, le conducían a la muerte inmediata, destruyendo a su Ejecutor.

Calculó mentalmente que el planeta Ecstasy, situado en el llamado Circuito Planetario Omega, a la distancia intermedia del sol Delirium, sería el idóneo para hacer un alto de algunas horas en su viaje estelar, y reponer sus energías de todo tipo, descansando un corto período de tiempo, antes de reanudar la búsqueda de la víctima señalada.

Emitió mentalmente también esa decisión a sus amos, y la respuesta le llegó de Sidérea con total nitidez:

—Conforme en todo. Pero no se confíe. Vigile a su alrededor. Carecemos de datos sobre los planetas del Núcleo Solar Noventa y Dos. Permanezca en ese planeta el tiempo justo, sin demora alguna.

Se cerró la comunicación. Los contactos entre los ejecutores y sus amos, Los Exterminadores, siempre eran breves. Se juzgaba más prudente así en los altos mandos de la siniestra organización de la Superestrella Sidérea, porque ello iba en beneficio de las reservas de energía de sus androides. Cuanto menos consumieran en inútiles contactos, tanto mayor sería esa reserva ante cualquier contingencia.

Cyrus tomó la ruta adecuada. Pulsó los mandos de su pequeña nave superlumínica, y enmendó el rumbo fácilmente. Una pequeña pantalla le proporcionó los datos técnicos de vuelo, y él los grabó en su mente de forma ordenada. Luego, se retrepó en el asiento, quedando inmóvil, impasible, como si ni siquiera

respirase. Era igual que cuando un humano permanecía en trance. Sus circuitos se paralizaban, su mente quedaba en blanco y su cuerpo no consumía un solo átomo de energía. Era como estar muerto. Así conservaban los androides su capacidad energética al máximo. Cuando no había nada que hacer, nada hacían. Después de todo, carecían de cerebro activo, de nervios y de emociones para necesitar alguna actividad en su reposo.

Les bastaba con reposar. Ni dormir ni relajarse. Sólo quedarse así. En blanco. Paralizados. Inertes. Como una máquina desconectada.

La nave perforó el vacío negro e inmenso, sobre el fondo remoto de soles, estrellas, planetas, asteroides y nebulosas.

Cyrus *el Ejecutor* continuaba inexorable la persecución de su presa. Era indudable que daría con ella, estuviera donde estuviese.

3

Icteo estaba asustado. Muy asustado.

Sabía que había sido sentenciado. Y las sentencias de Sidérea siempre se cumplían, fuese uno adonde fuese. Eran una implacable amenaza, un tentáculo sin fin que llegaba a todas partes.

Aun así, tenía que huir. Tenía que intentarlo, cuando menos. No podía esperar pacientemente cruzado de brazos, inerme y dócil, la llegada del ejecutor de turno. Estaba intentándolo ahora. Tenía pocas esperanzas, ninguna fe en el éxito final. Pero

valía la pena intentarlo. Cualquier cosa era mejor que dejarse matar estúpidamente.

Icteo había entrado en el Núcleo Solar Noventa y Dos según los indicadores de su tablero de mandos, y eso significaba hallarse en un sistema desolado y yermo donde imperaba la muerte, donde la vida había dejado de ser detectada desde siglos y siglos atrás.

Tal vez fuese más fácil ocultarse en un lugar así, pensó. Allí, cuando menos, nadie le delataría, no habría riesgo de traiciones o engaños que le entregasen irremisiblemente a manos de su ejecutor.

Dejó vagar su monoplaza estelar por entre los asteroides y nebulosas del Núcleo Solar Noventa y Dos, buscando un planeta adecuado donde intentar refugiarse o, cuando menos, montar sus defensas contra el asesino de Sidérea enviado tras él.

Mientras lo hacia, echó la vista atrás, evocando los momentos en que, sin apenas advertirlo, echó sobre su persona todas las pavorosas amenazas de una orden de ejecución surgida de la Superestrella de los Asesinos.

Si no hubiera cometido aquel tremendo error, esto de ahora no hubiese llegado a pasar jamás. Pero lo cometió, y provocó las iras de alguien demasiado poderoso. Ese alguien sólo tuvo que contratar los servicios más perfectos del Universo: recurrir a Los Exterminadores de Sidérea.

Pagó la tarifa establecida, y Los Exterminadores le prometieron la muerte del individuo señalado.

Y ese individuo era él, Icteo.

Miró hacia la pantalla detectora, por si era seguido demasiado cerca. No captó señal alguna de su

perseguidor. Pero eso distaba mucho de tranquilizarle.

Los Ejecutores nunca se aproximaban demasiado. Les bastaba mantener la distancia adecuada. No tenían prisa, no se precipitaban, no cometían fallos. Eran máquinas de matar, helados mecanismos dispuestos para el asesinato por encargo. Engranajes simples de una supermáquina dispuesta para el exterminio.

Sabía que lo tenía allí, a sus espaldas, en alguna parte del infinito espacio interestelar, tal vez a una distancia de millones de unidades de distancia. ¿Qué importaba eso? Fuera como fuese, *estaba* allí. En alguna parte. Y llegaría. Siempre llegaban.

Llegaría y le mataría.

Tembló levemente Icteo. Humedeció sus labios, inquieto, vacilante. ¿Le mataría, realmente? ¿O podría sobrevivir a la amenaza inexorable?

Si un solo ser viviente lograba eso en algún confín de la galaxia, eso significaría el desprestigio de Sidérea, el fin de la confianza de sus clientes en Los Exterminadores. Algo que ellos no podían tolerar en modo alguno. Ese era el gran peligro. Que sabían lo que se jugaban en cada encargo. Por eso no fallaban. No le toleraban el fracaso.

Si un Ejecutor cometía un error, se decía que era exterminado a su vez desde la central de control de Sidérea. Y sin duda sucedía así, porque el prestigio de Los Exterminadores era intocable. Nadie dudaba de su terrorífica eficacia.

—Maldita sea, si lo hubiera pensado antes... —jadeó—. Nunca debí enemistarme con el poderoso Señor de Tanak. Nunca debí ultrajar a su hija Nemea y

negarme a unirme a ella ante los Sagrados Jueces…

Pero eso estaba hecho. Y Nemea, desolada, se había matado en tributo a los dioses de su mundo ancestral y profundamente religioso. El Señor de Tanak no podía perdonar al culpable del deshonor y la muerte de su hermosa hija Nemea, inmolada por los sacerdotes del templo de Aarus. Y no perdonó.

Fue él quien ordenó la ejecución inmediata, quien pagó a Los Exterminadores el alto precio que ellos exigían por sus servicios. La suma depositada en una de las máquinas teleportadoras que Sidérea establecía en todos los núcleos urbanos de la galaxia, para obtener clientela segura. ¿Quién no tenía a veces necesidad de matar a un semejante, ya fuese por odio, celos, rencor, envidia y mil otras causas que solamente los humanoides civilizados conocían y experimentaban? Sidérea era un buen negocio para sus siniestros amos y señores. El crimen había sido siempre buen negocio desde que los mundos eran mundos y los pueblos eran pueblos.

Pero el crimen, tal como lo entendía y llevaba a cabo el gigantesco astro de los Asesinos, era ya una refinada obra de técnica y de ciencia imposibles de superar. No querían que fuese un arte, sino una obra mecánica. Y lo era.

Icteo evocó la suave y mórbida desnudez de Nemea, cuando la tuvo entre sus brazos entregada a él, y cuando la poseyó repetidas veces, hasta saciar sus apetitos sexuales en ella. Luego, Nemea, tras la desesperación inicial por el ultraje, había esperado que su belleza, cuando menos, cautivase a su violador lo

suficiente para la unión conyugal.

Pero Icteo se había burlado de ella, abandonándola en el negro desierto donde tuvo lugar el ultraje. Y Nemea había puesto entonces fin a su vida, enviando un mensaje dolorido de despedida a su padre, para después dirigirse al templo y allí entregar su existencia a los dioses, para lavar su vergüenza.

Ahora, Icteo recordaba con amargura aquella hermosura femenina que hubiese podido satisfacer tantas veces sus apetitos. Era hombre ardiente y lujurioso. En su soledad actual, perseguido por el Ejecutor, hubiera dado algo por tener una mujer como Nemea a su alcance. Quizá incluso parte de su propia vida, si es que aún podía conservar ésta por mucho tiempo.

Pero estaba solo. Solo entre las estrellas. Huyendo desesperadamente a un destino inexorable y tremendo que se le venía encima, invisible pero cierto.

Solo, lejos de cualquier mujer complaciente. Lejos de donde le fuera posible satisfacer sus instintos a costa de quien fuese.

Icteo hizo unas comprobaciones en su computadora de a bordo. Estaba próximo a Ecstasy, uno de los planetas del Núcleo Solar Noventa y Dos. Quizá el peor de todos ellos. El que más había sufrido en sus míticas ciudades de metal el azote ardiente del sol convertido en instrumento de muerte y destrucción durante la era apocalíptica.

—Ecstasy… —murmuró entre dientes, con evidente contrariedad—. No me gusta ese planeta. Tiene una leyenda negra en torno suyo. Dicen que la destrucción

dejó sueltos en su superficie poderes malignos que acabaron con todo signo de vida.

Miró a la distancia. El planeta era visible. Aún algo alejado, bajo la luz cárdena y extraña del sol que brillaba en la lejanía, demasiado débil y triste en apariencia como para imaginar que había sido fuente y origen de semejante desastre cósmico como el provocado en su sistema centurias atrás.

Ecstasy era un mundo convulso y extraño. Nubarrones densos, de coloración lívida, predominando los verdes y amarillos biliosos, se apelmazaban como una vorágine gaseosa y maldita encima de la forma planetaria que giraba en lenta órbita alrededor de su dantesco sol asesino. El que había terminado con todo rastro de vida inteligente y civilizada en sus enormes urbes de metal.

Se preguntó qué encontraría en la superficie de aquel mundo demolido por el caos solar en el pasado. Que él supiera, nadie detectó jamás vestigio de vida alguno en su masa. Y eso que muchas naves exploradoras circundaron repetidamente aquel mundo fantástico y terrible a la vez. Un mundo de misterios insondables, un mundo que, posiblemente, nunca revelaría a nadie sus ancestrales secretos de una poderosa raza extinguida.

Y que ahora mismo era por sí mismo una incógnita total. ¿Sería habitable, incluso? ¿O el gran desastre planetario terminó también con el oxígeno respirable?

Cuando estuvo más próximo, conectó los detectores a distancia, tratando de medir el grado de oxígeno de la atmósfera, la densidad y la fuerza

gravitatoria de Ecstasy.

Las cifras desfilaron por la pequeña pantalla fluorescente, hasta que se concretaron los datos solicitados.

La densidad del planeta era elevada, la fuerza de gravedad resultaba normal, y el oxígeno, aunque no demasiado abundante, bastaba para respirar, si bien no con excesiva fluidez.

—Creo que descenderé en ese mundo —se dijo, nervioso, tras una nueva comprobación que dio resultado negativo en cuanto a posibles perseguidores.

Pero seguía sin fiarse de esos indicios. Los ejecutores podían estar cerca, muy cerca de él, sin que ni siquiera pudiese advertirlo. Se decía que eran como sombras.

Sombras amenazadoras, sombras mortíferas que siempre se salían con su objetivo: la muerte del perseguido.

Manipuló los mandos automáticos, estableciendo la ruta a seguir. Luego, respiró hondo, echándose atrás y cerrando sus ojos. Se sentía cansado, con los nervios en tensión a punto de romperse en pedazos en cualquier momento. Hubiera querido salir de dudas y enfrentarse de una vez por todas al enemigo invisible cuya proximidad presentía de un modo casi físico. Sabía que estaba empezando a dejarse dominar por un sentimiento tan peligroso como era el miedo.

Miedo..., o terror.

Clavó su mirada turbia en el planeta Ecstasy. Aceleró la marcha del vehículo espacial, aproximándose a la densa capa de nubes.

Y se preguntó si allí, en el interior de aquel mundo desconocido, sin vida aparente, estaría su única posibilidad de salvación…, o su desastre final e irremisible.

Entonces, Icteo descubrió la supernave, flotando en los límites de la atmósfera de Ecstasy.

* * *

Ciertamente, era una supernave.

Una de aquellas impresionantes naves galácticas de otros tiempos, cuando la gran civilización del Núcleo Solar Noventa y Dos era una realidad. Un navío estelar de forma alargada, de blanca superficie metálica y brillante, capaz, acaso, para una tripulación de tres o cuatrocientos astronautas. Una auténtica ciudad flotante en el espacio.

Podía llevar centurias enteras. Como recuerdo remoto e inútil de algo que fue y ya no era. En su superficie, antes totalmente blanca y tersa, se apreciaban erosiones, desgarros, rugosidades e impactos que ennegrecían el metal que sin duda llegó a ser candente en el momento del desastre. Por aquellos tremendos boquetes debió de entrar el vacío y salir el aire respirable. En suma, por ellos entró la muerte y salió la vida. Allí dentro no era fácil que viviera nadie en estos momentos. Era un simple residuo titánico de otros tiempos y de otra civilización que ya habían pasado a ser historia. Triste historia de antes de la Era Apocalíptica.

¿Y ahora? ¿Qué habría dentro de la supernave

olvidada e inerte, como un gran cadáver flotando en órbita alrededor del planeta de donde procediera?

Icteo redujo la velocidad de su monoplaza espacial. Dejó que la gravedad de la gigantesca nave flotante le atrajese a su superficie de metal, puesto que se hallaba en zona orbital donde la gravitación planetaria de Ecstasy era todavía neutra.

El monoplaza se adhirió automáticamente al inmenso fuselaje blanco, que destellaba como una extraña luna metálica, salpicada de cráteres negruzcos producidos por la lluvia incandescente de meteoritos solares del pasado. Una luna alargada, lineal, de duras aristas, como un satélite absurdo y mecánico olvidado allí por algún dios celeste despistado.

Icteo humedeció sus labios delgados y resecos. Empuñó el arma única que había llevado consigo en aquella fuga desesperada: una pistola de rayos disolventes, a base de cargas de energía desintegradora. Servía de algo ante cualquier enemigo mortal. De muy poco frente a los ejecutores de Sidérea…

Se ajustó el casco de liviano material plástico, encajándolo al cuello de su uniforme espacial. Ya podía salir al exterior, tras conectar el cordón umbilical que le conectaría a su pequeña nave, para cualquier emergencia y salió de la monoplaza al exterior.

Su cuerpo flotó en el vacío. Pulsó con sus manos enguantadas los controles de desplazamiento espacial, orientándose hacia el fuselaje blanco deslumbrante. Llegó sobre él. Apoyó su calzado magnético,

empezando a moverse lenta, torpemente, sobre aquella superficie de metal abollado. Y comenzó a caminar, a moverse en busca de un orificio lo bastante amplio para introducirse en aquel microcosmos flotante que había sido un día colosal nave del espacio.

Encontró un tremendo desgarro de bordes abrasados, arrugados y negruzcos, allí donde sin duda un terrorífico impacto demoledor reventó las defensas de la nave, provocando una abertura mortífera en su fuselaje. Tal vez era la mayor grieta visible en su superficie. Hubiesen cabido por ella, simultáneamente, más de una docena de personas como él mismo.

Icteo, el perseguido, se adentró por las heladas tinieblas de lo que un día fuese orgullo de la astronáutica del Núcleo Noventa y Dos. Un escalofrío agitó al viajero espacial al entrar en contacto con aquel residuo de una supercivilización lejana y desconocida, perdida definitivamente tras la Era Apocalíptica.

Alrededor suyo, todo era oscuridad, silencio y, sin duda, muerte. Pulsó el resorte de luz. Un chorro luminoso brotó del botón central de su atavío cósmico.

Empezaron a perfilarse alrededor suyo una serie de formas y lugares. La luz creó fantásticos juegos de sombras bailoteantes, en corredores de muros curvados y paneles cristalinos, muchos de ellos agrietados o rotos.

Por el momento, ni el menor signo de una presencia que pudo estar viva alguna vez a bordo, Ni siquiera cadáveres. Nada de nada en cuanto podía abarcar Icteo con sus ojos dilatados, casi temerosos.

Corredores y más corredores. Galerías, zonas amplias y desiertas. Un verdadero laberinto donde uno podía perderse fácilmente. Ascensores paralizados, diferentes niveles interiores, formando plantas de completa estructura. Escaleras mecánicas, detenidas para siempre, oxidadas o cubiertas de un polvillo blancuzco, acaso traído por cósmicos ramalazos de remotos confines galácticos.

Finalmente, se encontró ante una puerta herméticamente cerrada. Una puerta oval, metálica y blanca, con un extraño signo que a él le resultaba cabalístico, indescifrable. Tal vez un emblema del lenguaje desconocido de las gentes ya desaparecidas, con su cultura misma, del planeta Ecstasy.

Sus dedos rozaron esa superficie metálica, fría y hermética, tras la cual ignoraba lo que pudiera haber. Tal vez la primera señal de vida de otros tiempos, sepultada para la eternidad en aquella nave perdida.

Tanteó rápidamente, buscando una cerradura o pomo que no existía. Pero repentinamente, sus propios dedos actuaron sobre algo que, sin duda, no se veía afectado por el paso del tiempo.

Y la puerta, silenciosamente, tras un breve chasquido, empezó a deslizarse. Cedió, abriéndose ante él.

Un vaho oscuro brotó del interior. Era más tenue que e! humo, apenas una neblina grisácea y turbia, como polvo de nubecillas volátiles. No le llegó olor alguno, pero imaginó algo fétido, maloliente. Tal vez el olor mismo de la muerte. De una muerte atroz y desconocida, perdida en la noche de los tiempos…

Avanzó, pese a ello. Su luz de la cintura se abría paso dificultosamente a través de la bruma gris. Esta se diluía paulatinamente, tras enroscarse en torno suyo como sierpes inmateriales.

Ante él, un espectáculo dantesco, increíble, se presentó con matices alucinantes. Icteo desorbitó sus ojos incrédulos, fijándolos en aquel horror.

Estaba en lo que, sin duda alguna, había sido el corazón de la supernave. Y allí, la presencia de los seres que vivieron y murieron a bordo, se hacía ya real, tangible, reveladora hasta el escalofrío.

Cuerpos. Cuerpos sin vida por doquier. Tal vez centenares, tal vez un millar de cuerpos humanos. Todos putrefactos, desecados luego por los milenios de olvido en el vacío. Huesos cubiertos de piel grisácea y acartonada, de mechones de cabello sucio y ajado, rostros aterradores en una agonía indescriptible, vaciadas sus órbitas, desecada su epidermis sobre la osamenta, sobre costillas descarnadas y cráneos pelados y amarillos.

Era todo lo que quedaba de ellos. Urnas ocupadas por cadáveres y cadáveres. Ambos lados de un interminable corredor, instalado sin duda para crionizar seres vivientes y mantenerlos con vida suspendida en las más adversas circunstancias.

Pero aquellos cuerpos, por alguna razón, no habían sobrevivido al caos. Quizá el holocausto mismo, producido por el sol Delirium en su súbita expansión gaseosa y ardiente, había roto el sistema de crionización que mantenía congelados los cuerpos. Y de ese modo, sus ocupantes, mientras esperaban

sobrevivir en su vida en suspensión, les llegó la muerte, dejándoles allí como simples momias de un remoto pasado, de una civilización superior ya extinguida.

Icteo se sentía aplastado, demolido por la terrorífica impresión de saberse solo en aquella supernave, perdido en la soledad de aquel vehículo cósmico poblado por cadáveres remotos. Era de nuevo el silencio, la nada, el abandono, el olvido alrededor suyo, como la peor de las maldiciones para un perseguido, para un obligado nómada de los espacios siderales de la gran galaxia.

Si al menos hubiese habido alguien con vida... Uno. Uno sólo de aquellos seres sacrificados por el gran desastre, aun antes de despertar de su sueño criónico. Era inútil esperar milagros. No existían, ni siquiera allí. Era como haber penetrado en un cementerio espacial, en un enorme y aterrador ataúd cósmico, repleto de cadáveres...

Y, de repente, la vio.

La vio a *ella*.

A una mujer.

A aquella mujer increíble.

4

Su libido se desencadenó como una tumultuosa catarata. Igual que un torrente devastador e incontenible. Sus ojos se desorbitaron, su cuerpo se tensó. Su virilidad tomó auges incontrolables.

No era para menos. Icteo había sido siempre así.

Vicioso, perverso, sensual y desenfrenado. Por eso huía ahora de los terribles asesinos de Sidérea. Por una mujer ultrajada vil y viciosamente. La presencia de una mujer desnuda le excitaba hasta límites bestiales.

Y si esa mujer era una escultura humana, todavía más.

Aquella mujer era increíble. No encontraba otra palabra para definirla. El único ser que no había hallado la muerte a bordo de la supernave mortal. La única forma viva, aunque sometida a la crionización. La única urna intacta era la suya.

Dentro de esa urna de vidrio plástico transparente y límpido, la desnudez más fantástica y excitante de todos los mundos imaginados e imaginables, pensó con una avidez infrahumana Icteo.

Sus ojos desorbitados recorrieron cada pulgada de aquellas formas inertes, en suspensión animada, mientras su boca babeaba y su vitalidad viril sufría una convulsión incontrolable.

Desde el rostro bellísimo, increíble, de sedosa piel gris plata, con párpados cerrados sobre unos ojos de desconocido color, pero de largas pestañas aterciopeladas, nariz recta y labios carnosos, hasta la punta de unos pies breves y perfectos, pasando por el largo resumen de un cuello de alabastro, unos pechos grandes, redondos y, sin embargo, durísimos y erectos, de rojo pezón vibrante; de estómago terso, vientre suavemente combado, pubis de frondosos rizos platinados, muslos llenos, macizos, caderas ampulosas, nalgas potentes y vigorosas, sobre las que descansaba aquel cuerpo sublime, a la vez pagano y divino,

mezcla de sensualidad y de clasicismo espiritual. Pero Icteo, el obseso, sólo podía ver lo primero, su instinto era reclamado vorazmente por la carne, por el apetito sexual puro y primario. Sus miradas a aquellas generosas, exultantes formas femeninas, eran turbias, desquiciadas incluso. Una larga abstinencia sexual, a lo largo de su evasión desesperada, había exacerbado hasta límites insostenibles su primario espíritu posesivo, carnal, de auténtica bestia en celo, de macho exaltado y ávido.

—Una mujer… —jadeó roncamente, clavando sus ojos voraces a través de aquella envoltura de vidrio que se interponía entre él y la hembra allí tendida, desnuda y deseable, como una quimera fantástica hecha realidad—. ¡Y qué mujer! Mía, toda mía, sin posibilidad de ayuda de nadie… Entregada a mí necesariamente. No podrá elegir. Eso…, o morir aquí dentro, en esta gelidez asesina, entre todos esos espectros grises y repugnantes… Entre momias de un mundo que ya no es… ¡Tiene que aceptarme, tiene que someterse, le guste o no!

Sus ojos centelleaban, enrojecidos. Su cuerpo temblaba. Sus labios brillaban con la saliva que la pasión hacía rezumar a su boca convulsa y maligna. Aferró con sus manos, crispadas como garras, aquella urna cristalina, único obstáculo entre él y la belleza yacente que, como en la obscena versión de un viejo cuento de hadas, aparecía ante él, aguardando el despertar, el dulce despertar en brazos del príncipe soñado.

Sólo que ninguna mujer hubiera soñado con Icteo

como príncipe, porque era todo lo contrario a un bello ideal femenino, Era la representación misma de la sucia y aberrante bestialidad del hombre vencido por sus instintos primarios y feroces. Era el macho insaciable y brutal, todo deseo y morbo. Lo más opuesto al galán romántico y adorable que una mujer desearía para su despertar, ya fuese de días, siglos o milenios.

Pero ella no podía elegir. Sería el único ser viviente en su momento de volver a la conciencia, tras un lapso incalculable en el tiempo.

Y tendría que someterse. Ceder. Darse por vencida.

Exasperado, incapaz ya de dominarse, Icteo buscó con frenesí los resortes de funcionamiento de la urna intacta. Presionó unos botones de símbolos indescifrables, pero que su misma lógica le dijo que debían activar los sistemas de revitalización de la correspondiente urna criónica.

Dentro de la misma, en efecto, se produjo una alteración súbita. Dentro de la urna, hubo una especie de vibración, seguida por el sibilante sonido de algo que se inyectaba automáticamente en su interior. Romper la urna hubiera sido fácil, sin duda. Pero fatal para la mujer allí yacente. Hubiese provocado su muerte inmediata, tan pulverizada como los demás cuerpos allí instalados. Y ciertamente, Icteo no era eso lo que deseaba. Ni mucho menos.

Evidentemente, lo que producía aquel sibilante sonido era aire inyectado, en creciente nivel térmico, para devolver de forma pausada la vida normal a la mujer allí suspendida. El proceso duró unos instantes.

Luego, lentamente, ella abrió los ojos. Pestañeó, bajo una repentina y tenue luz azulada que brotaba de las paredes plásticas, envolviéndola en un extraño halo irreal.

—Lo logré… ¡Lo logré! —jadeó Icteo, convulsivo, echándose a reír gozosamente— ¡Ella está despertando sin problemas, vuelve a la vida después de su tiempo de crionización! ¡Es mía, *mía*l

Su júbilo era animal, casi monstruoso. No pensaba en la mujer hermosa como en un simple ser humano a quien devolvía la vida, sino como en el objeto sexual deseable, en la hembra conseguida casi mágicamente, allí donde parecía imposible hallar todo signo de vida humana, y menos aún del sexo opuesto.

De forma pausada, inexorable, la mujer hermosa, de platinada cabellera, iba recuperando su vida y conciencia original. Ya no sólo pestañeaba. Estaba incorporándose en su vítrea urna, muy lentamente. Un par de fantásticas pupilas se fijaron en Icteo. .

Eran ojos bellísimos, de un increíble matiz purpúreo, casi violáceo, pero con singulares, extraños destellos plateados, como si las pupilas estuvieran salpicadas de microscópicas y centelleantes piececillas de plata pura. Profundos e intensos a la vez, dulces y embriagadores también. Pero asustados e inquietos al mismo tiempo…

—¡Vive! -—aulló Icteo, frenético, casi bailoteando de gozo como un horrible ser maligno, en torno a la urna donde volvía a la vida la hermosa desconocida-—. ¡Vive para mí, para ser mi compañera mientras huyo de esos malditos asesinos!

Ella parecía ignorar el motivo de su alegría, incluso sentirse ajena y distante a todo aquello que había tras la urna y que ella veía ahora deformado por la propia contextura y estructura del vidrio hermético, como si todavía siguiera perdida en la distancia insondable del tiempo y del espacio que siempre habían separado su vida y la de Icteo, el fugitivo hasta este preciso momento.

Una luz verde parpadeó repetidamente en el exterior de la urna. Y, de repente la pieza cristalina tembló. Y empezó a abrirse, como el caparazón de un enorme molusco.

Fascinado, Icteo no pudo por menos de retroceder lentamente, clavando sus ojos incrédulos en aquella hembra desnuda y fascinante, producto de otro tiempo, otro espacio y otra civilización.

—Hermosa... —musitó, humedeciendo sus labios insanamente—. Eres hermosa, criatura..., quienquiera que seas...

La urna estaba abierta ya. Totalmente abierta. La hermosa criatura se incorporó despacio. Su cuerpo flexible, turgente, seductor y sensual, avanzó hacia Icteo. Le miró en silencio. Cuando despegó sus labios, un trallazo de emoción estremeció al viajero de las estrellas:

—¿Quién eres? -—susurró la hermosa—, ¿Qué ha sucedido?

Icteo tembló de emoción. Pero también de repentino temor, de una rara inquietud ante lo insólito.

La mujer desnuda de larga melena plateada había

hablado en su propia lengua. Podía entenderla perfecta. Pero sabía que, aunque humanoide, no era de su mundo ni, tal vez, de su galaxia. Algo, en aquel siniestro vehículo espacial, hablaba de remotos confines, de pueblos ignorados, de civilizaciones ignotas.

—¿Hablas... mi idioma? —susurró Icteo, alarmado.

—Hablo cualquier idioma en el que otro ser viviente y humano piense —sonrió ella—. Nosotros, los hominautas siempre tuvimos esa virtud.

—¿Los... *hominautas*} —repitió Icteo, impresionado.

—Humanoides viajeros del espacio —asintió ella —. Nacimos con un especial poder de captación mental de lenguas extrañas, que a base de una intensa educación psicomental, puede permitirnos *leer* las normas de su lengua en la mente de nuestro interlocutor a velocidades increíbles, y adaptar esa lengua a nuestra mentalidad. Ese es el sencillo secreto de que aparentemente, hable tu lengua.

—Maravilloso... —jadeó Icteo, empezando a preocuparse ante aquella criatura de poderes desconocidos para él—. Realmente maravilloso

Ella abandonó la urna abierta. Sus pies descalzos pisaron el suelo de la nave yerta, frente a Icteo. Este casi se sintió enfermo de lujuria. Alargó sus brazos, y la punta de sus dedos temblorosos rozó una piel tersa, suave, pálida, estremecida y aterciopelada, de inconcebible suavidad y tersura.

Instintivamente, pese a su expresión dulce e ingenua, la muchacha retrocedió un paso, mirándole

con algo parecido al recelo, la desconfianza… o el temor.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió con voz vagamente aprensiva, de raros matices profundos y melosos—. ¿Qué pasa a bordo de nuestra gran nave intergaláctea?

—No lo sé. Acabo de llegar. Tal vez esto lleve siglos así. Creo que vivimos en lugares muy distantes en tiempo y espacio. Pero nadie sobrevivió. Sólo usted.

—Oh, no… —musitó ella, estremeciéndose con amargura, y cerrando sus ojos emocionados, húmedos —. Pobres cama- radas míos… Fracasó el plan de éxodo espacial…

—Fracasó, sin duda. Al menos, en parte. Llegaron hasta aquí. Pero sólo para morir. Usted, sin embargo, se ha salvado. Sobrevive. Gracias a mí, claro.

—Sí, supongo que sí —le miró. Trató de mostrar gratitud. Pero sólo reveló miedo y zozobra en su rostro —. Sola… Yo sola… en un lugar desconocido… ¿Qué va ser de mí?

—No tema. Me ocuparé de usted —la recorrió con lúbrica mirada y humedeció de nuevo sus labios sensuales—. ¿No necesita un amigo, muchacha?

—Sí, supongo que necesito un amigo, quienquiera que sea… —le estudió largamente, con una sombra indescifrable en su hermosa faz—. ¿De verdad… es usted un amigo?

—¿Lo duda? —sonrió Icteo.

Ella pareció dudar. No respondió inmediatamente. Se encogió de hombros. Luego, lentamente, formuló unas palabras:

—No es que dude, pero… no sé…; hay algo raro en

usted…

—Icteo es mi nombre —sonrió torvamente él—. Sí, tal vez vea algo raro. Es lógico. Nos separan siglos, milenios acaso… y miríadas de espacios estelares. No debe extrañarse. Ni temer nada de mí. Soy su amigo. La he ayudado. No puede asustarse de mi presencia. Tal vez si yo no acciono esos resortes…, nunca hubiera vuelto a vivir.

—Vivir… —tembló la voz de ella—. Me pregunté muchas veces, antes de iniciar esta fantástica aventura en otros espacios distantes, si valía la pena realmente vivir o morir definitivamente, según cual fuese el despertar…

—Despertó. Y no ha sido tan malo…

—Tampoco bueno. Vea a mí alrededor… —señaló las horribles momias en la penumbra fétida—. Eran amigos, camaradas. Gente que yo conocí. Todos confiábamos en llegar alguna vez a nuestro destino en otros mundos desconocidos y habitables, huyendo de nuestro propio planeta en trance de destrucción…

—Entiendo eso. Pero ya no tiene remedio. Debe admitir la cruda realidad.

—La admito —sonrió tristemente la joven—. Pero no me gusta.

—A nadie le gusta la muerte… —se estremeció Icteo, repentinamente angustiado por algo que no entendía, tal vez su temor profundo y constante a la oscura, implacable persecución de que era objeto a través de los espacios cósmicos—. Pero olvidemos eso, preciosa. Está a salvo, ahora. Viva. Llena de vida y energía, que es lo que cuenta. Y me tiene a mí, a un

amigo. Su único amigo, ahora. ¿Cuál es su nombre, querida?

—Galia —dijo ella, sordamente—. Sólo eso… Galia.

—Galia… Me gusta su nombre. Me gusta usted.

Ella eludió su mirada. De repente parecía presentir algo feo, algo inquietante en el único amigo de que disponía en esos momentos. Avanzó, como un desnudo fantasma, de carne pálida, tibia y voluptuosa, camino de la salida de la supernave convertida en gran cementerio.

—Quisiera ir a alguna parte —musitó.

—¿A dónde?

—Adonde sea. Cualquier sitio que no sea esta catacumba espacial llena de muertos que fueron camaradas entrañables…

—No crea que encontrará nada mucho mejor allá fuera —advirtió roncamente él—. Sólo hay horror y muerte en torno nuestro. Lo mismo que en esta nave llegada no sé de dónde, Galia.

—¿No hay algún lugar donde vivan seres inteligentes, humanoides o no? —se asustó ella, parándose.

—Me temo que no —negó con la cabeza Icteo, sin desviar sus lúbricos ojos de las nalgas desnudas, hermosas y opulentas de la bellísima Galia—. Estamos en un sistema solar aniquilado por un cataclismo. Planetas abrasados y yertos nos rodean. Podemos ir a cualquiera de ellos. Pero sólo para seguir hallándonos en la mayor soledad. Solos los dos…

—¿Por qué, entonces, está usted aquí? —mostró ella su curiosidad con ingenua extrañeza, no exenta de

ocultos temores.

—Es una larga historia —suspiró Icteo—. Tengo que ir adonde no haya nadie. El silencio, la soledad y la muerte, por extraño que parezca, son mi mejor seguro de vida por el momento.

—No lo entiendo.

—Ya le dije que era una historia complicada y nada breve —Icteo sonrió, tratando de mostrarse obsequioso—. Pero ahora, nada importa ya esa soledad. Ni usted ni yo estamos solos, Galia. Podemos hacernos mutua compañía. Y sin duda será hermoso.

—¿Usted cree? —dudó ella, cada vez más desconfiada.

—Estoy seguro de ello. Vamos adelante, Galia. Este lugar me angustia, me aterra. Hay algo de terrible en él. Tal vez sea la misma muerte, que tan presente está por todas partes, como un espectro desconocido...

La tomó por un brazo. Sus dedos rozaron uno de los grandes y duros senos de la muchacha, y su cuerpo se convulsionó con un ardor incontenible. Allí mismo la hubiera derribado violentamente, cayendo sobre ella, tratando de violarla como hizo con Nemea en otro tiempo. Pero pensó que había tiempo por delante. Cualquier otro lugar sería mejor que aquella tremenda cripta gigante, repleta de difuntos, de restos cenicientos y horribles, como recuerdo de un tiempo donde allí dentro hubo luz, vida, voces y sonidos.

Humedeció nerviosamente sus labios sensuales, y siguió tras de la muchacha, sin que ella pareciera dar gran importancia a la fricción de aquellos dedos sobre su pecho desnudo. Tal vez, incluso, se había tropezado

con una ingenua criatura que ni siquiera sabía lo que era el sexo. Esa sola idea, exacerbó más aún los apetitos carnales de Icteo, que sólo mediante un poderoso esfuerzo dominó esos instintos que bullían en su persona, prestos a estallar incontenibles.

—Espera —dijo, cerca ya de la salida de la sombría nave mortífera—. Tenemos que salir al exterior. Al espacio. Al vacío, ¿entiendes?

—Sí, claro. Donde no hay aire respirable —asintió ella.

—Tienes que cubrirte con algo, proteger tu cuerpo, respirar oxígeno… Mi nave está cerca. Y el planeta Delirium también. Pero tienes que soportar el vacío total hasta llegar allí, Galia…

—No te preocupes —sonrió ella, con angelical dulzura, siguiendo ya el trato familiar que su nuevo compañero había empezado a darle—. Puedo soportarlo.

—¿Cómo? —boqueó Icteo—. ¿Tú? ¿No eres una humanoide?

—Sí. ¿No está eso bien claro?

—Ciertamente —estudió aquella desnudez, tremendamente humana, excitantemente cautivadora—. Pero por eso mismo… no puedes respirar donde no hay oxígeno. Ningún humanoide, venga de donde venga, puede hacerlo.

—Nosotros, si —suspiró ella con amarga lentitud. Señaló a las urnas rotas, a los espectros grises, a sus compañeros muertos en pleno viaje cósmico—. Fuimos preparados para todo lo peor. Tal vez no fue perfecto, porque no lo soportaron. Ahora están muertos todos

ellos. Sin embargo, nos prepararon para respirar en el vacío.

—No lo entiendo…

—Es sencillo —sonrió ella, tocándose la garganta en sus puntos laterales, bajo las orejas—. Es como las branquias de los peces para extraer el oxígeno marino. Nos injertaron a todos unos diminutos adminículos acoplados a nuestras vías respiratorias. Son capaces de emitir unas cantidades superconcentradas de oxígeno que se mezcla con el vacío, para permitirnos mantener la respiración normal durante un determinado espacio de tiempo. Luego se regeneran por sí solos, acumulando de nuevo oxígeno procedente del lugar donde podamos respirar de modo normal. Son pocos minutos los que nos concede de margen, pero bastan a veces para salir de graves apuros.

—Entiendo. ¿Crees que funcionará después de todo el tiempo que puede haber transcurrido desde…, desde que empezaste tu sueño? Pudo ser toda una eternidad, Galia…

—Lo habrá soportado. Es un material imposible de deteriorarse. Resultará, si hemos de recorrer poco espacio sin aire…

—¿Y la presión y todo lo demás? —dudó todavía Icteo, preocupado.

—No te inquietes. Resultará. Estamos preparados para afrontar esos riesgos también. Una serie de injertos plásticos regulan la presión exterior.

—Parece como si os hubieran querido hacer perfectos. Pero la verdad es que todos menos tú, están muertos ahora…

—Hay algo que nadie pudo prever: una avería capaz de quebrar las urnas y frenar el grado de congelación, provocando la corrupción de los cuerpos. Sólo mi urna se salvó de eso. Pero ten en cuenta que tal vez mis compañeros llevan ahí milenios, sometidos a la acción de una despresurización exterior, ruptura de la temperatura normal de conservación biológica, y todo lo que ello implicó sobre sus cuerpos en letargo. Pasaron de la vida a la muerte sin enterarse, en medio de un sueño eterno, sin despertar posible. Ahora dejemos todo eso, por favor. Salgamos de aquí. No ocurrirá nada, vas a verlo,

—Ojala sea así —musitó roncamente Icteo, más preocupado por la posibilidad de perder a su nueva y deseable compañera, que por afán de defender la integridad de ésta—.

En marcha, Galia. Cuanto antes salgamos de aquí, tanto mejor.

Alcanzaron el acceso al exterior. La nave pequeña seguía adherida allí, como una extraña lapa metálica al fuselaje rugoso y blancuzco, de lechosos reflejos, flotando en el negro vacío que circundaba al planeta Ecstasy.

Galia contempló todo aquello con cierto asombro, flotan- do junto a su compañero, abrazada por éste mientras su cuerpo desnudo, pálido al reflejo nocturno del lejano sol Delirium, mostraba su insólita desnudez rodeada de estrellas, en una increíble supervivencia en el espacio carente de oxígeno. Ella sonreía, evidentemente segura de sí y de sus complejos sistemas de respiración artificial en el vacío. Cuando

entró en la nave monoplaza de Icteo, y contempló su angosta cabina, dotada solamente de un asiento de control y otro supletorio para emergencias como ésta, pareció defraudada.

—Esto es muy pequeño —musitó—. ¿Adonde podemos ir con algo así?

—Es suficiente para ir lejos, muy lejos —explicó él, cerrando la escotilla con un suspiro de alivio, y accionando los sistemas de despegue del fuselaje de su propia nave, para despegarse de la otra sin dificultades —. Tú perteneces a otra época, a otros mundos de diferente tecnología. No digo que no fueseis avanzados, porque sin duda lo erais, pero ésta es otra galaxia, otros lugares, otro concepto de las cosas. Una nave pequeña como la mía, tiene autonomía de vuelo para distancias inmensas, sin necesidad siquiera de repostar energía motriz. Lo comprobarás pronto, muy pronto, querida Galia.

Se acomodó ante los mandos, dirigiendo una ojeada lujuriosa a aquellas formas desnudas, espléndidas y abundantes, jóvenes y firmes, como una deliciosa y delicada matrona juvenil, hecha opulencia y generosidad, hecha voluptuosidad y también angélica sugestión, no exenta de dulzura y espiritualidad, pese a la exuberancia natural de sus curvas adolescentes.

Ella parecía totalmente ajena a todos los recovecos del sexo, pero sin embargo, mostraba una creciente inquietud. Esta no se redujo cuando la nave de Icteo, tras una maniobra vacilante, planeó sobre las densas nubes plomizas del planeta yerto, para intentar un

descenso suave en la superficie de Ecstasy, el planeta de las en otrora orgullosas urbes de metal. Hoy en día cementerio de razas y pueblos, ruinas de muerte y olvido, residuos de civilizaciones, religiones y poderío científico y psíquico.

Todo, absolutamente todo, habla terminado en la nada total. En el silencio y el vacío oscuro de un planeta muerto. Uno más en el cinturón dantesco de los mundos del Sistema Solar Noventa y Dos, destruidos un remoto día por la furia implacable de un sol furioso, que ahora flotaba con falsa mansedumbre en la distancia, centro y eje de lo que un día fuera orgullosa y avanzada era tecnológica espacial, y ahora sólo era quietud, oscuridad, fulgor silencioso de estrellas lejanas y flotar inerte de opacos cuerpos planetarios, carentes de vida… O quizá algo peor: testigos de nuevas formas de vida que hubieran helado la sangre en las venas a cualquier extraño.

Pero un Extraño, ahora, iba a pisar, por vez primera después de centurias enteras, el negruzco, polvoriento suelo casi virgen de Ecstasy. Ese extraño era Icteo, el perseguido. El hombre voluptuoso que había sido señalado por los exterminadores de Sidérea, para pagar su crimen sexual con la muerte.

Y él no sabía, no podía saber la clase de pesadilla que le aguardaba en aquel mundo aparentemente tan muerto e inmóvil como callado y oscuro.

El no sabía qué otra clase de vida le esperaba allí, agazapada en las tinieblas de un mundo caótico, para revelarse en toda su terrorífica dimensión.

Lo peor es que tampoco ella, Galia, la

superviviente de otros mundos, otra civilización y otros tiempos, sabía adonde la conducía aquel hombre peligroso e inquietante en quien, evidentemente, no llegaba a confiar del todo.

Y ella, la mujer desnuda, joven, virginal, limpia de espíritu y conciencia, iba a ser condenada, por culpa de la ceguera medrosa de un fugitivo de Los Ejecutores, a un futuro espeluznable, terrorífico, demoníaco y lindante con el demencial.

Ese mundo era Ecstasy, el planeta de la Muerte. Y tal vez, también, de otra vida…, si es que *aquello* podía ser realmente *vida*.

5

—Es… es horrible…

—Sí. Me temo que lo sea.

Los dos se quedaron mudos unos momentos, contemplando aquellas ruinas oscuras y terribles en la distancia. Era lo que quedaba de la que había sido la mayor y más esplendorosa ciudad de todo el planeta.

Metal arrugado, negro, deforme, en goterones petrificados por el frío que siguió a su candente estado inicial. Tras el fuego devastador, había llegado aquello. El metal se endurece, una vez deformado por el candente viento incendiario que barrió el planeta. Ahora, calles y edificios formaban un amasijo informe, hosco y siniestro, perdido en una tétrica llanura sin apariencia alguna de vida. En otro punto, se alzaban

las rocas oscuras de desfiladeros y promontorios abruptos, rasgando brutalmente la planicie desolada como en una postrera convulsión de la geología de Ecstasy cuando el día del gran caos final llegó para sus habitantes y poblaciones.

—No me gusta este lugar, Icteo.

—A mí, tampoco. Pero no hay otro por aquí.

—Tú has dicho que tu nave puede ir lejos, muy lejos, si realmente lo deseas. ¿Por qué no lo intentamos, y nos alejamos de este sitio espantoso? Siento la impresión de que algún horror indefinible nos acecha, de que algo escalofriante está cerca nuestro, vigilante, a la espera...

—Imposible —rechazó él, vivamente-—. No puede ser. No hay nada ni nadie con vida aquí desde hace siglos, milenios acaso. Estamos seguros, aunque esto resulte desolador y triste, Galia. Es mejor no marcharse de aquí por ahora.

—Tengo miedo, Icteo. Algo me dice que no todo está tan muerto como parece... Y que la existencia de algo aquí puede ser aterrador, monstruoso...

—Tonterías. No hay nadie vivo —rió, con una carcajada seca y prolongada—. Esto me gusta de momento, aunque sólo sea como refugio.

—¿Refugio? ¿De qué? —preguntó vivamente ella.

—Bueno, quiero decir como lugar para pasar unas horas, tal vez una jornada, y luego seguir camino hacia alguna parte...

—¿Por qué aquí?

—Porque es tan bueno como cualquier otro planeta de los que nos rodean —se irritó él, molesto—. A fin

de cuentas, Galia, soy yo quien elige los sitios, ¿no?

—No quise disgustarte, Icteo, pero sigo teniendo miedo, mucho miedo... Icteo, ¿no estarás... no estarás huyendo de algo?

El se sobresaltó. Enarcó las cejas, mirando con ira a la desnuda joven, erguida como él en medio de la cenicienta llanura de Ecstasy.

—¿Quién te metió semejante idea estúpida en la cabeza? —se enfureció.

—Nadie... —musitó ella—. Sólo pensé... que parecías preocupado por alguna cosa, buscando un escondrijo, algún sitio donde ocultarte... de alguien.

—Eres una estúpida —se irritó Icteo, furioso—. No vuelvas a decir eso.

—Perdona —susurró ella, dolorida—. No volveré a hablar de ello. Tampoco tengo derecho...

—Exactamente —cortó, abrupto, casi brutal—. Yo te saqué ele aquel maldito cementerio de locos astronautas, ¿no es así? Yo te devolví a la vicia, cosa que tal vez nunca hubieras logrado, de no cruzar yo por allí en ese momento...,

—No hables así de mis amigos. No eran locos, sino emigrantes de un mundo en ruinas. Escapábamos de un planeta destrozado que iba a estallar en mil pedazos. Buscábamos una vida nueva, un mundo donde sobrevivir, fuese donde fuese y cuando fuese. Pero falló, eso es todo.

-—Fuera como fuese, sigues siendo mi protegida, no lo olvides. Sin mí, no serías nada. Absolutamente nada, ¿entiendes? De modo que calla y obedece en todo. Es tu obligación.

—Sí. Perdona. Así lo haré en lo sucesivo… —prometió dócilmente ella.

Icteo la miró, mientras caminaba por la llanura desolada, hacía las ruinas negras de metal arrugado que alguna vez formaron una ciudad fantástica y altiva. Ya casi no se podía dominar. Aquella hembra dócil, virginal y sumisa, era toda suya. Le excitaba la idea de que iba a ser suya irremisiblemente, que iba a sentir aquel cuerpo contra el suyo, que' iba a poseerla en un acto brutal de fuerza, que luego ella aceptaría con su extraña y dulce resignación.

Cuando alcanzaron los negros peñascos, a la entrada de la población en ruinas, Icteo alargó sus manos temblorosas hacia ella. La aferró por sus hombros, haciéndola volver. Ella le miró, sorprendida. Ante los ojos dilatados y enrojecidos del hombre, los pechos femeninos vibraban poderosamente. Los devoró con la vista.

—Ven —jadeó con voz ronca, sintiéndose poseído de unos temblores febriles—. Ven, querida Galia…

—¿Qué quieres Icteo? Te noto extraño…, tembloroso… ¿Ocurre algo? —preguntó Galia ingenuamente.

—¿Si ocurre, dices? —la voz de él era un espasmo ronco—. Claro que ocurre… Eres tú, Galia…

—¿Yo? —los ojos inmensos y purpúreos de ella se abrieron con enorme sorpresa—. ¿Qué he hecho ahora?

—Nada, querida, nada… Es tu cuerpo, tu persona… Te deseo… Tienes que ser mía. Total, absolutamente mía… ¿No ves que me consume la fiebre sólo de verte

ahí ante mí, desnuda y apetecible, espléndida y devastadora? Oh, Galia, Galia…, ven a mi… ¡Voy a poseerte! Serás mía…, mía… ¡No puedo esperar un instante más a tenerte en mis brazos y sentirte totalmente entregada a mí, criatura! ¡Yo te enseñaré qué es el amor, el deseo, la pasión…!

Galia no parecía asustarse por el sexo en sí. Lo que la amedrantó fue la expresión libidinosa y convulsa del rostro de Icteo, que súbitamente se había transformado ante ella en una especie de horrible fauno ávido de posesión salvaje.

Aterrada, retrocedió, logrando que los dedos crispados de él dejaran de hincarse como garras en sus macizos pechos. Protestó débilmente, angustiada:

—No, no… No me gusta esto, Icteo… Pareces… pareces una bestia sedienta, un auténtico animal feroz… Me asustas…

-—¡Galia, ven aquí! ¡Sabes que eres mía! ¡Te prohíbo que escapes, que huyas de mí! ¡Me perteneces, te exijo que te dejes poseer…!

—Oh, no… No quiero, Icteo… Tal vez de otro modo hubiera sido fácil, incluso hermoso… Pero así… Me causas miedo, angustia… No te acerques… ¡No te acerques!

—No vas a poder prohibírmelo —rió él, sordamente, acorralándola contra una de las negras formas ruinosas de la que en otro tiempo fuera hermosa, y bulliciosa ciudad de una civilización avanzadísima—. Aquí no hay escapatoria, hermosa. Y si intentaras huir de mí… sería tu propio fin. No podrías ir a ninguna parte ni salvar tu vida, sin contar

conmigo, con mi vehículo, con mi ayuda para sacarte de este cementerio eterno.

—No me importa lo que me ocurra.., No me importa nada —gimió Galia—. Pero no deseo ser tuya, no quiero entregarme a ti… ¡Por favor, ten piedad de mí, te lo ruego!

—Eres tú quien ha de tener piedad de mí, ¿es que no lo comprendes? ¿No ves cómo ardo, cómo me estoy quemando en este fuego que me consume, mientras contemplo tu soberbia desnudez?

—No, no… Apártate… ¡Déjame de una vez, maldito seas! ■—clamó ella, empezando a sentirse exasperada, retrocediendo siempre, pero sintiéndose acosada, cercada por el implacable hombre que jadeaba, frenético, agazapado, intentando bloquear toda posible salida de ella.

En su intento, perdió el equilibrio. Tropezó en negros metales retorcidos, que alguna vez fueran quizá bellos caminos o puentes tendidos sobre calles hermosas y perfectas. Se cayó de espaldas, sus nalgas desnudas golpearon el suelo violentamente, y sus poderosos globos de carne bailotearon frenéticos en su torso, haciendo delirante la mirada cruel y lujuriosa de Icteo.

—¡Ah, ya eres mía! —aulló él, exasperado, lanzándose ferozmente sobre ella.

Pese a sus forcejeos, Galia sintió caer el cuerpo de Icteo sobre el suyo, y las manos de él se hundieron ávidas en sus senos, mientras pugnaba por abrirse camino entre sus suaves y hermosos muslos para alcanzar la posesión.

Una repentina náusea terrible, un asco demoledor, que la hacía sentir odio por el hombre y por el sexo, se apoderó de la bella joven llegada de otros mundos en un remoto pasado, y sus rabiosos empeños por evitar lo inevitable, se hicieron más y más exagerados, aunque sus golpes y arañazos más parecían incrementar la exaltación de su atacante que reducir sus iras y energías. Risas nerviosas e histéricas, entre babeantes balbuceos, escapaban por los contraídos labios del sátiro repugnante que iba a hacerla suya contra su voluntad...

* * *

—Te he encontrado —dijo Cyrus fríamente. Su voz era como metal frió, afilado y cortante. Su tono era hielo mortífero, incisivo.

Icteo lanzó un aullido inhumano al oír la voz dura e inexorable a su espalda. Soltó las carnes deseables de Galia, para volverse, enfebrecido, repentinamente lívido.

—¿Quién eres...? —comenzó a rugir, convulso.

—Soy el Ejecutor —dijo la voz glacial.

—El Ejecutor... —repitió Icteo, como alucinado—. Oh, Dios, no... No...

Se incorporó, tambaleante, olvidados ya sus insanos apetitos, mitad patético mitad ridículo frente al implacable ser azul de rapado cráneo y ojos dorados de glacial expresión.

—Vine en busca tuya —dijo con aquella helada tonalidad que lograba aterrorizar al más duro

adversario—.' Y te he encontrado. Siempre encuentro al que busco, Icteo.

Este temblaba como azogado. La desnuda Galia contemplaba la escena con ojos dilatados, sin parecer entender demasiado bien todo aquello que ocurría ante su presencia.

Icteo retrocedía ahora. Era él quien perdía terreno ante el fantástico ser de piel azul, rostro inmutable, ojos dorados y malla cobalto ceñida a su armonioso, atlético y musculoso cuerpo. Sus manos aparecían desnudas de armas. Sin embargo, el terror que Icteo experimentaba hacia aquel hombre aparecido como por artes mágicas a espaldas suyas cuando iba a ultrajar a viva fuerza a su víctima, era evidente. Como si el personaje azul llevara en sus dedos desnudos las más terribles y devastadoras armas, totalmente invisibles.

—Perdón, perdón... —gimió, lívido, Icteo—. ¿No puedes renunciar a tu misión maldita de asesino?

—No. No puedo. No tengo nada personal contra ti. No te odio. No deseo tu muerte. Pero tengo que matarte —los ojos dorados eran dos lagos de hielo con fulgores de soles ignotos y terribles—. Es inútil cuanto digas. No hay clemencia. Nunca la hay.

—Eres sólo un asesino a sueldo. Un ejecutor por encargo. No me conoces. No sabes nada de mí. ¿Por qué asesinarme: ¿Porque *ellos* te pagan?

—Es mi trabajo. No te asesinaré, sin embargo. Tendrás tu oportunidad. Siempre hay que dar una oportunidad.

—¿De qué me servirá? Vosotros vencéis siempre —

dijo con agria risa Icteo.

—Pero eso cambia las cosas. Es cuestión de ética. Soy un Ejecutor, no un asesino.

—¡Haga lo que haga, no puedo defenderme! ¡Me matarás, de todos modos! ¡Eso es asesinar, aunque vosotros, sucios criminales, lo disfracéis hipócritamente! —chilló Icteo, exasperado.

—No vas a ofenderme. Es mi trabajo, ya te lo dije. Y lo cumplo siempre. No puedo fracasar. Alguien dictó tu muerte. Y yo soy el encargado de hacer la tarea. Lo siento por ti. De todos modos, la oportunidad existe para ti. No soy una máquina. Soy un androide. Puedes salvarte y aniquilarme. Existe una oportunidad. Una sola. Aprovéchala.

—Hatajo de puercos... ¡Sólo violé a aquella chica porque me gustaba! —rugió Icteo-—. ¡No tengo culpa que luego se matase, la muy estúpida! ¡Su padre está loco, cuando ha pagado a Los Exterminadores de Sidérea por mi ejecución brutal y despiadada!

—No me hables de todo eso —dijo Cyrus, imperturbable—. No sé por qué has de morir. Nunca pregunto. Nadie pregunta en Sidérea. Se obedece, y nada más. Es el momento. No alargues más tu agonía... o tu posible victoria frente a mí. Actúa. Lucha por sobrevivir. Es. más digno que implorar cobardemente, como una mujer.

Galia, estupefacta, demudada, empezando a comprender el horrible sentido de aquella tensa conversación entre su fallido violador y el fantástico ser azul.

Sabía que la muerte era el fin inevitable de aquel

enfrentamiento sobre un escenario tan delirante como el de aquel planeta muerto. Uno de ellos debía morir. Icteo era el condenado. El hombre azul, el ejecutor. Pero iba a darle una oportunidad. ¿Cuál?

—No lucharé... —jadeó sordamente Icteo negando con la cabeza—. Tendrás que asesinarme... ¡Serás un asesino, sucio canalla!

—No me importará serlo —admitió Cyrus heladamente—, Si no te defiendes, te mataré igual. Elige tú mismo.

—¿Es que no tienes piedad? ¿No sientes nada humano por nadie? —clamó Icteo, desesperado.

—No soy humano —sonrió duramente la boca apretada de Cyrus—. No puedo sentir. Sólo soy un androide. Obedezco,

—Un androide... Entiendo, maldito puerco... —silabeó Icteo—. Una especie de máquina humanizada. Una mezcla de hombre y de mecanismo, preparado para matar. Eso eres tú.

—Acabemos esto —sentenció Cyrus.

Y su mano diestra, inesperadamente, lanzó algo a las manos de Icteo. Este lo tomó instintivamente. En sus dedos se encontró con un objeto que le era totalmente desconocido: una placa oval de metal azul, que destellaba extrañamente y emitía vibraciones sobre su piel.

Enarcó las cejas, perplejo. Cyrus el Ejecutor, le informó, escueto:

—Es tu arma. Te basta arrojarla. Si me alcanzas, me habrás destruido. Pero te advierto: tienes que alcanzarme. Antes de que yo pueda alcanzarte a ti —y

mostró otra pieza igual en su mano zurda, que manipuló suavemente—. Es un duelo, Icteo. Un duelo que sólo puede acabar con la muerte de uno de los dos.

—No sé manejar este chisme. Es una ventaja tuya...

—Cualquiera sabe arrojar una piedra o un objeto. Tú también puedes tirar lejos y con tino ese óvalo. Es un metal especial que se siente atraído por cualquier forma de vida. De modo que vendría a mí sin remedio. Y la mía irá a ti. Como ves, es muy fácil. No tiene misterio. Apenas toque a uno de nosotros, el afectado habrá muerto.

—¿Y si nos tocara a ambos?

—Los dos moriríamos.

—¿Y... ella? —señaló a Galia, con mano temblorosa.

Las pupilas de gélido oro del Ejecutor le contemplaron herméticos, tras una mirada vaga y sin expresión a la desnuda muchacha, Su voz tampoco reveló emociones de ningún género:

—Antes no demostrabas tanto interés por su seguridad. Me pareció que estabas abusando de esa mujer en alguna forma, a juzgar por sus gritos y protestas.

Icteo tragó saliva. La astucia fría e inexorable de su terrorífico enemigo, le lograba sobrecoger. Estaba dominado por el terror. Sabía que los Ejecutores rara vez fallaban. Su oportunidad le parecía remota e improbable. Si hubiera una vía de escape...

Y, de repente, la intuyó. Sonrió feroz, siniestramente.

—Está bien —dijo con voz sorda—. Sea. Como tú quisiste, asesino. Me defenderé de ti. ¡Pero no como tú imaginas, cerdo!

Y antes de que el Ejecutor pudiera intuir lo que planeaba, Icteo lo llevó a cabo con celeridad pasmosa.

Lanzó un óvalo mortal contra Cyrus. Al mismo tiempo, se precipitó de un salto tras Galia, y puso su hermosísima desnudez como coraza entre él y su enemigo.

Ella gritó, presintiendo lo que iba a suceder irremediablemente en el instante siguiente. En la mano de Cyrus, vibró la placa de la muerte, tras lograr eludir, con una finta agilísima, felina e imprevisible, el impacto mortal de la otra placa disparada por el traicionero Icteo.

—¡Vamos, tira tu arma! —gritó triunfantemente Icteo, parapetado tras la aterrorizada joven—. Tira hacia mí... y la matarás a ella, que es inocente de todo esto. Has fracasado, asesino. ¡Has fracasado!

Cyrus vaciló. Sus doradas pupilas no reflejaban nada. Pero no intentó en momento alguno lanzar su arma contra la bella muchacha. Se mantuvo rígido, quieto, en tensión. Tal vez sus circuitos de androide controlado a distancia emitían urgentes llamadas de apremio a Sidérea, para saber lo que sus amos, los Exterminadores, pensaban de la situación.

La respuesta, ciertamente, le llegó pronto a su cerebro programado, a través de los electrodos de conexión.

«—Mata» No importa quien caiga. Mata a los dos. Es tu misión. Cúmplela. Es tu última oportunidad de

llevar a cabo la tarea encomendada, Eso... o la desconexión inmediata con tu cerebro. Y la muerte. Elige, Cyrus, si es que puedes elegir. La orden es esta: *Mata*.»

Nada reveló su rostro azul, como tallado en un metal frío y desconocido. El androide de Sidérea vaciló, sin embargo, unos instantes. Icteo seguía parapetado tras la desconocida de melena plateada.

—No te servirá de nada, Icteo —dijo fríamente—. Te mataré de todos modos. Y a ella también.

Un silencio tenso, mortal, siguió a esa helada y definitiva adversidad de la máquina androide de matar. Icteo y Galia supieron que era cierto.

El paso siguiente del hombre azul de Sidérea sería justamente ése: matar a los dos. Implacablemente. Inexorablemente. Como lo hacían los Ejecutores.

6

—Adelante —invitó Icteo, dominando su instintivo terror ante lo desesperado de la situación--. ¡Mata, asesino! ¿A qué esperas?

El ser azul dio un paso adelante. 'Sus electrodos, adosados a las sienes, sobre la piel tersa, tirante y azulada, emitían insistente la orden:

«—*Mata... Mata... ¡Mata, Ejecutor*!» Y luego, la terrible advertencia de sus amos y señores, los Exterminadores, allá en los telecontroles de Sidérea, la Estrella de los Asesinos:

«—Mata... *¡o serás muerto inmediatamente*!» Cyrus clavó sus helados ojos de oro centelleantes en la figura

desnuda de la hembra. Por vez primera, sabía que estaba vacilando. Que no obedecía la orden emitida desde un remoto punto de control desde el que se decidía la muerte de los demás… o la suya propia. Nadie podía escapar a eso. Y él, menos que nadie.

No podía captar punto vital alguno de Icteo, su víctima. Si quería matarle, antes tenía que destruir inevitablemente a la mujer. Eso era lo que, inexplicablemente, frenaba los actos del Ejecutor.

Notaba la vibración de las lejanas órdenes imperiosas allá, en todos sus circuitos de androide. *Tenía* que hacerlo. *Ya*, Se inclinó a recoger el segundo óvalo de muerte. Sujetó uno en cada mano. Galia supo lo que iba a seguir. Ahora, cada uno de aquellos objetos iría lanzado a uno de ellos dos. El primero, para ella. El segundo, para Icteo.

Pero de repente ocurrió algo imprevisto. Icteo se aprovechó de la indecisión inexplicable del androide ejecutor. Y utilizó contra él una de sus armas personales, introduciéndola con rapidez bajo una axila del hermoso cuerpo de Galia.

Cyrus sintió por vez primera en su existencia un impacto doloroso, lacerante. Algo le había herido de súbito, mientras un sordo chasquido brotaba de un cilindro metálico, oscuro, que empuñaba su adversario y que traicioneramente había utilizado sobre él, anticipándose a sus acciones.

El impacto fue candente, en su pecho. Sintió el chisporroteo repentino de un electrodo, y unas fibras plásticas de su cuerpo musculoso, chisporrotearon sobre la malla azul que se adhería como una segunda

piel a su epidermis de titán desnudo.

Exhaló un gemido ronco, trató de actuar contra Icteo, y no le fue posible; Cayó de rodillas, sujetándose el punto dañado, mientras sus dedos dejaban escapar uno de los óvalos mortíferos. Miró con turbio estupor a Galia, que abría mucho sus aterrados ojos, viéndole caer, sin saber a ciencia cierta qué sería peor, sí morir con Icteo a manos de aquel astronauta azul, o quedarse sola con el sátiro, en aquel planeta yerto.

—Cielos, le ha herido… Tal vez le ha matado…

—No —jadeó Icteo, con expresión triunfal—. No creo que esté muerto aún. Esos tipos son muy fuertes. Muy duros. Y están controlados a distancia. Si no lo destruyo, siempre sacará suficientes fuerzas de flaqueza para destruirme él a mí. Tengo que aplastarlo, triturarlo… es nuestra vida o la suya, Galia. Tienes que ayudarme…

—No lo haré —negó ella, enérgica.

—¿Estás loca? ¡El nos matará en cuanto pueda, sin sentir la menor piedad! ¡Ni siquiera es humano! ¡No siente lo que hace, cumple sólo órdenes, como un robot!

—Mi vida no será mucho mejor que mí muerte estando en poder de mi hombre como tú, Icteo —objetó ella tristemente—. Me das asco. Y terror…

Cyrus se tambaleaba. Todo ante él oscilaba y se deformaba, Sentía un creciente aturdimiento que hacía lentos y trabajosos sus movimientos. Icteo se disponía a rematarle, apuntando con aquel siniestro tubo hacia la cabeza azul y rapada, que brillaba a la luz lívida del sol Delirium.

Galia lo hizo entonces. Golpeó rudamente con su brazo, especialmente con el codo, hacia el brazo armado. Icteo lanzó una sorda interjección de cólera, al perder su arma a causa del impacto imprevisto. Miró con angustia a Cyrus, advirtió que aún no se había repuesto, pero que estaba logrando neutralizar el daño sufrido por sus circuitos y electrodos adheridos a su piel.

No podía perder tiempo. Derribó de un empellón a Galia, y luego se lanzó corriendo hacia las negras ruinas metálicas, entre las cuales desapareció, antes de que ella hubiera podido incorporarse, o Cyrus pudiera recuperar el equilibrio y, tambaleante, moverse todavía con expresión aturdida, entre chisporroteos de su circuito quemado por la cápsula ardiente del arma de Icteo.

Ella se quedó mirando a Cyrus en silencio, esperando que él la matase. Ahora ya podía hacerlo, estaba seguro de eso. Sus dedos apretaban con fuerza el óvalo arrojadizo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Cyrus.

—Hacer..» ¿qué?

—Salvarme. Tú hiciste caer e! arma de Icteo, mujer.

—No podía permitir que te asesinaran.

—Yo he venido a asesinarle a él, tú lo sabes. Y también te hubiera matado a ti, ya que te interponías entre ambos.

—Lo sé, Pero eso no es asesinato. Le diste una oportunidad de luchar. Eso es un duelo.

—Quizá —él se encogió de hombros con cierta

lentitud amarga—, Pero Icteo ha huido. Será difícil dar con él en estas ruinas. Son ciudades grandes, auténticos laberintos. Huecos, edificios ruinosos… todo puede ser un buen escondrijo para él. Podrían pasar noches y días enteros antes de localizarle. He fracasado.

—Lo importante es que aún vives. Te estás recuperando. ¿Puedo ayudarte en algo?

Avanzó decidida hacia él, con intención de hacer algo en favor del enemigo azul.

-—No —negó lentamente—. Nadie puede ayudarme ya. Es tarde para eso.

Y oyó, allá en la distancia, transmitiéndose por sus electrodos, la terrible e inexorable orden de sus amos:

«—Fracasaste, ejecutor. Sabes cuál es tu final. Otro Ejecutor más hábil terminará lo que tú no has sabido hacer. Ahora, sólo te queda una cosa: morir. Este es tu fin. El fracaso no tiene perdón entre nosotros, tú lo sabes. Adiós, Ejecutor. La muerte programada que tienes en tu memoria electrónica, va a a ser activada.«

Un zumbido en sus electrodos, señaló el final de todo nuevo contacto con la base de Sidérea. Ahora ya sólo quedaba esperar la activación de los sensores de autoinmolación, y todo habría terminado para Cyrus.

Su gigantesca, atlética figura, se acomodó apaciblemente en el yermo suelo calcinado de Ecstasy. Así esperaría la muerte, con ascética calma, con espartana resignación. Desde un principio había aceptado las reglas. No podía rebelarse contra su propia programación mental. Era imposible, en esa misma programación, figuraban las coordenadas de

muerte a las víctimas y muerte a sí mismo. Activadas desde larga distancia, harían actuar un sistema cibernético de autoejecución. Ello sucedería ahora mismo, él lo sabía.

—¿Qué haces ahora? —preguntó Galia, asombrada.

—Esperar.

—Esperar ¿qué?

—La muerte. El fracaso significa morir, mujer. Yo he fracasado. Este es mi final.

—¿Quién dice eso?

—Mi mente. Mis circuitos. Las órdenes que vienen de lejos. Es igual. No lo entenderías.

--Creo entenderlo ya. Eres mitad hombre, mitad máquina. Estás programado. Alguien manipula tus circuitos a distancia. Veo electrodos extraños en tus sienes.

—Sabes mucho para ser sólo una mujer humanoide.

—Yo también conocí una civilización esplendorosa. Sé de muchas cosas. Podrías salvarte de esa muerte, si quisieras.

—¿Cómo?

—Rebelándote. Arrancando de ti toda posibilidad de control.

—Eso es imposible. Y no quiero, además. ¿Adonde iría yo con vida, tras haber fracasado y burlarme de mis amos? Ellos me perseguirían por todo el cosmos. No habría lugar en el espacio intergaláctico donde esconderme a la muerte. Es inútil hablar. Ya te dije que no lo entenderías. Déjame morir en paz. La muerte

programada se producirá de un momento a otro. Será piadosa. Siempre lo es. Sólo una descarga en mi cerebro. Y- todo habrá terminado para Cyrus el Ejecutor.

—Cyrus, no eres una máquina —argumentó ella desesperadamente, cayendo de rodillas a su lado, golpeando sus grandes y duros senos macizos el torso azul de su interlocutor—. He visto antes que hay mucho de humano en ti. Te vi dudar antes de matar. Pudiste cumplir tu misión. Hubieras triunfado y ahora no tendrías que morir. Sólo te bastaba matarme también a mí.

—Tú no eras la víctima. No *tenía* orden de ejecutarte.

—Pero tenías que hacerlo, si querías matar a tu enemigo.

—Icteo no es mi enemigo. Sólo un hombre sentenciado por los Exterminadores.

—¡Pero sí es *mi* enemigo! —clamó Galia, angustiada—. ¡Y tengo miedo de él, de quedarme a solas con ese hombre, cuando tú hayas muerto! ¡No puedes morir, Cyrus! ¡Te necesito!

—Lo siento. No puedo hacer nada. Las mujeres sois extrañas. Tú eres extraña. No te comprendo. No sé por qué temes a ese hombre. No va a matarte»

—Peor que eso. Me desea. Me hará suya.

—¿Deseo? ¿Suya? —los dorados ojos parpadearon. Se encogió de hombros—. No sé. No comprendo esas palabras, tampoco. Quisiera ayudarte, sin embargo. Sólo que es imposible. Tú no puedes escucharlo. Yo, sí. Mi cerebro funciona. La máquina acoplada a él

también. Es como un zumbido. Su banco de memoria está en marcha. Se detendrá cuando alcance la orden programada de autoexterminio. Y mi propio cerebro me aniquilará. ¡Ya se detiene! —sonrió tristemente—. Adiós, mujer. Voy a morir ahora mismo…

Cerró los dorados ojos. Su rostro inmutable parecía piedra azul, tallada por titanes artísticos de un planeta remoto.

Galia tuvo sensación de la llegada de la muerte. El viento árido y caliente que barría la superficie de Ecstasy, silbó ululante entre las ruinas fantasmales, negras y brillantes, que un día fueron metal orgulloso, luego metal candente, y por fin metal arrugado y torvo.

Supo que dentro de aquel cerebro de androide, de humana apariencia y mente de máquina controlada a distancia, esa misma muerte iba a actuar sobre el indefenso y sometido ser viviente.

Y a la desesperada, Galia intentó evitarlo.

Hizo lo único que estaba en su mano hacer, aunque quizá no sirviera de nada.

Se precipitó sobre Cyrus inesperadamente. Sus manos se engaritaron, arrancándole brutalmente los electrodos de sus sienes y otro adherido a la izquierda de su pecho, al tiempo que Cyrus, sorprendido y como sacudido por un latigazo de alta tensión, emitía un alarido, abriendo mucho sus ojos, para mirar atónito a la muchacha, y caer luego, dando tumbos por el suelo, con violentos espasmos, como en la agonía.

Sangraban sus sienes, puesto que con los electrodos, Galia había arrancado piel de aquella

cabeza, y en su pecho, donde arrebatara el tercer electrodo, se veían hilachas plásticas chisporroteantes, dando la impresión de que el hombre azul sufría un cortocircuito mortal.

Luego, de repente, el androide se quedó inmóvil Rígido, quieto. Como sin vida.

—Dios mío… —gimió Galla, con lágrimas en sus ojos purpúreos, dejando caer los electrodos de sus manos—. No logré nada. A pesar de todo… está muerto.

Y, angustiada, desvió su mirada hacia las negras minas, entre las cuales, por desgracia, se ocultaba ahora Icteo, en alguna parte agazapado, a la espera de su momento. Ahora, no tenía defensa alguna contra él

Cyrus el Ejecutor había dejado de existir.

7

Tiró los electrodos ennegrecidos, de rotos filamentos, ya inútiles por completo, y que no lograran evitar la autoinmolación de Cyrus a manos de sus siniestros amos distantes, los señores de la muerte situados en la remota Superestrella Sidérea.

—Oh, ¿por qué tuvo que ocurrir eso? ¿Por qué? —sollozó, ocultando el rostro entre sus manos, estremecido su cuerpo todo, vibrantes sus pechos enhiestos, sus muslos firmes, sus espléndidas nalgas desnudas—. El era una esperanza… Estoy segura de que era más humano de lo que parecía… Había algo extraño, algo hermoso y tierno en él… Pero ya nunca

podré saber qué o quién era realmente Cyrus, debajo de esas piezas cibernéticas aplicadas a su organismo. ¿Hombre, androide, robot…? Una pregunta sin respuesta. Una incógnita eterna como las estrellas de donde llegó…

Y lloró.

Lloró a solas, perdida en aquella ciudad negra, de metal derretido y de silencios de ceniza. De espectros de un remoto pasado que ya nunca volvería… y de algo que no podía entender, pero que la asustaba involuntariamente.

Era como si *algo vivo* existiera aún. Como si en aquellas ruinas silentes hubiera alguna cosa que no había muerto… o que había surgido de la propia muerte, como una monstruosa criatura hecha del horror y de la sangre, de la podredumbre y del caos.

Sin embargo, no había nada ni nadie a su alrededor en esos momentos. Ni siquiera el temido Icteo. Sólo un cuerpo azul, inmóvil, yerto… Un ser androide que, tal vez, tuvo más de humano de lo que imaginaba. Y que nunca podría demostrarlo ya a nadie.

Se volvió bruscamente. Sintió un escalofrío en su carne tersa, desnuda. El viento era cálido, y la temperatura elevada. Pero aun así, notó esa sensación helada, sacudiendo su piel y dándole una impresión gélida, estremecedora.

Había notado un ruido: Podía ser Icteo. Pero algo le dijo que no era. El ruido no resultaba humano. Era demasiado sutil, demasiado sinuoso. *Reptante* era la palabra. Un roce escalofriante. Aterrador.

Sus ojos buscaron angustiadamente por las ruinas negruzcas, de metal retorcido que, a veces, por capricho de su propio desmoronamiento, producía grotescos perfiles, como gárgolas siniestras y espantosas en su imaginario castillo de espectros demoníacos.

Aunque sentía miedo, dio unos pasos. Vio una hondonada entre dos agrietados muros de metal y se asomó a ella, segura de que allí había captado el roce inquietante.

Galia era audaz, Tal vez porque, en el fondo, sabía que no tenía nada que perder. Estaba en mundos desconocidos y hostiles, de donde posiblemente jamás saldría viva, y lo sabía.

Se estremeció con más terror aún que antes.

Allí no había nada vivo. Pero sí la espantosa presencia de algo que, un día, estuvo lleno de vida.

Calaveras.

Eran cientos. Quizá miles de calaveras. Cráneos descarnados, amarillentos. Cabezas huesudas y marfileñas, de cuencas vacías y sonrisas sin labios, mirándola desde la oscura eternidad. Hacinadas allí, como en un delirante osario.

Eran restos de guerreros. Pudo descubrir borrosamente, entre la masa de calaveras, cascos negros, con cabalísticos emblemas militares plateados, corazas y dagas, lanzas y armas extrañas, cubiertas de óxido y de moho de siglos.

Un pozo de cadáveres. Tal vez una grieta que se abrió en pleno caos, engullendo a las orgullosas legiones de un ejército imperial ya disperso, roto y

sepultado por el tiempo y por la hecatombe de su mundo. Los ojos de ella se fijaron especialmente en las negras armaduras abolladas e incluso derretidas por el fuego del sol devastador, y de las corazas revueltas con los huesos de esqueletos informes y amontonados.

Era extraño. Todos tenían el mismo emblema: una calavera plateada sobre campo negro, con dos sierpes enroscadas en torno. Era una imagen rectangular, apaisada. Como la de un viejo *tarot*. Galia recordaba lejanamente en su civilización la existencia de naipes simbólicos, de extraño poder mágico, tarots de muerte, hechicería, poderes místicos y ocultismo siniestro. Todo eso evocó Galia en un momento, ante aquella imagen tan igual y repetida: calaveras de guerreros de negras armaduras y oscuras corazas con el emblema de su propia calavera allí reproducido. Como un círculo vicioso que empezaba y terminaba con la muerte, principio y fin de todo el cosmos y de toda la Creación, a fin de cuentas…

Se rehízo. No. Allí no estaba Icteo oculto. Estuvo segura de que era un tipo sórdido y medroso. No lo hubiera soportado. Tampoco creía que los esqueletos pudieran moverse en su tumba de milenios. Tal vez una alimaña capaz de sobrevivir, algún reptil diminuto, haciendo mover los huesos pelados y amarillos. O el mismo viento.

Se movió como abandonada a su suerte, en aquel ámbito gigantesco y terrible, que parecía aplastarla con su silencio y su inmovilidad. Miró a las estrellas. Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Y ahora? ¿Qué será de mí? —susurró—. ¿No

hubiera sido mejor morir en la urna de mi nave, como todos los demás? ¿Valía la pena despertar en una pesadilla?

Se paró en seco. De nuevo aquel- ruido...

Tembló. No había duda. Venía de la hondonada de las calaveras de negra armadura. Los misteriosos soldados del pasado, tal vez siervos de una civilización que tenía a la Muerte como símbolo de sus normas.

¿Qué podía ser? ¿Qué especie de vida se agitaba en aquel tétrico osario de un planeta muerto? Retrocedió, angustiada, empezando a sentirse rodeada por un invisible cerco de peligros inimaginables. El sol-Delirium se iba hundiendo en el horizonte, tras una mellada línea de ruinas, montañas y grietas provocadas por el cataclismo remoto.

Llegaría la noche. Y con ella... ¿qué horrores inimaginables tendría que afrontar Galia, mujer extraña allí, ajena a aquellos planetas, a aquellos ámbitos ignotos, perdidos en galaxias que le eran totalmente desconocidas?

Sentía hambre, sed, pero no sueño. Su sopor había durado demasiados siglos para que pudiera notarse físicamente cansada. Pero el cuerpo le pedía alimentos, líquido potable. No veía nada de ello en torno. Sólo intuía sombras que se agudizaban, masas de tinieblas que se hacían más densas, silencios y soledades que cobraban sutil intención amenazadora, inquietante y ominosa.

Y aquella fosa de huesos... Era como si, con la llegada de las sombras de la noche, algo en ellos reviviera. Como si una sombra más, ésta intangible y

lejana, empezase a materializarse en aquel lugar de muerte, para cobrar un significado horrendo. Galia se sentía indefensa, más desnuda que nunca, frente a un posible horror que su mente no podía intuir ni prever.

La oscuridad se acentuaba. La noche de Ecstasy, el planeta de la muerte, iba cayendo sobre los parajes solitarios y silenciosos. Con esa noche, el terror y la angustia podían llegar a hacerla desear la muerte como mal menor, Galia estaba segura de ello.

Se acurrucó, no lejos del cuerpo inmóvil del androide azul, como si su cadáver pudiera protegerla de algo, llegado el momento. Ni siquiera del perverso y feroz Icteo podría cubrirla, si el sádico astronauta aparecía por allí para atacarla. Tal vez estuviera asustado ahora, sabiendo que otro Ejecutor vendría a por él inexorablemente, tras el fracaso de Cyrus. Pero sabía que disponía de tiempo para poseer a la ansiada mujer que había conducido hasta aquel planeta con tal insana intención.

Y se dispuso a esperar la noche larga, oscura, sombría y lúgubre, bajo un palio de cielo negro y remotas estrellas centelleantes, que empezaba a verse invadido por la presencia de tres lunas o satélites plateados, informes y abruptos, asomando paulatinamente por el horizonte opuesto a aquel donde se adivinaban nuevas y lejanas ruinas de otras hermosas ciudades de metal, convertidas ahora en negras chatarras informes y siniestras.

De repente, se puso rígida. Tembló, sin saber si volver la cabeza.

El ruido se había repetido. Esta vez claro, incluso

intenso. Era como un chasquido, como un agrio crujido que helaba la sangre. A sus espaldas.

Lentamente, comenzó a volverse, encontrando fuerzas para hacerlo no sabía dónde. La claridad era ya levísima, crepuscular y rojiza. Aun así, pudo verlo con claridad.

Un espantoso grito de terror se escapó de sus labios. La incredulidad y el pánico desatado asomaron a sus dilatados ojos color púrpura. La desnudez turgente se convulsionó con un espasmo incontenible de pánico.

Había motivos para ello.

De la zanja mortuoria emergía el autor del sonido escalofriante oído anteriormente. De forma lenta, reptando, asomaba en el hoyo, comenzando a desplazarse hacia ella con lentitud espectral. De nuevo, Galia chilló y chilló, con un frenesí capaz de enloquecerla...

Porque lo que estaba apareciendo ante ella, dotado de una vida mágica, de ultratumba, incomprensible para cualquier ser normal... ¡era uno de los guerreros de negra armadura y coraza con la efigie de la Muerte!

Un guerrero que sólo era esqueleto puro, rematado en una descarnada, horrenda, calavera, como imagen misma del horror del Más Allá...

Pero dotado de vida, con un extraño centelleo de vida mconcebible3 allá en el fondo de las negras cuencas donde alguna vez hubo ojos... Con las manos huesudas empuñando la tétrica coraza negra y la lanza rugosa y deforme. Mirándola, maligno, espantosamente perverso y cruel, desde su

inaprensible reino mortal, a medida que *se movía* hacia ella…

* * *

—¡No, no, no es posible…! —sollozó Galia, angustiada, enfrentándose al horror viviente que surgía de la fosa—. ¡Esto *no puede* ocurrir…!

Tal vez en su mundo, en su tiempo, en su espacio y su dimensión, no pudiera ocurrir. Pero el Sistema Solar Noventa y Dos, el Sistema del sol Delirium era diferente. Tal vez el Tiempo Novo, tras la Era Apocalíptica, en el planeta Ecstasy, también era diferente a todo lo conocido por los humanoides llegados de muy lejos.

Lo cierto es que ocurría. Estaba ocurriendo, ante la mirada trémula y llena de incredulidad de la joven Galia.

Los espectros de la tumba, los esqueletos de un antiguo ejército exterminado por los elementos desatados, volvían a la vida, a una extraña vida ultraterrena, a una resurrección dantesca, de danza macabra, que hacía crujir y bailotear sus amarillentos huesos, remedo pálido y grotesco de su humana naturaleza anterior, entre jirones de telas, estandartes y gualdrapas, y el brillo negro y siniestro del metal de sus armaduras erizadas y de sus corazas curvadas, con la efigie de la Muerte como símbolo de su bandera y su estandarte.

Los cuerpos bailoteaban, huesudos, descarnados, como una legión de fantasmas, pero dotados de una

energía vital inconcebible, situada más allá de toda comprensión humana.

Hasta Galia, llegó el sonido chirriante de algo, una voz, acaso una serie de sonidos crepitantes, formados por chasquidos de hueso en las bocas espantosas de las calaveras vivientes. Creyó entender aquella especie de palabras formuladas casi con crujidos de huesos:

—Morirás… Todo extranjero morirá en Ecstasy, porque nadie puede vivir aquí. La maldición te alcanza, criatura extraña, porque la maldición nos alcanzó a todos… Y todos seremos muertos en vida… Ven…, ven a nuestro mundo de silencio y de calma…

—¡Nooooo! —chilló Galia, alucinada, retrocediendo con pánico desgarrado—. ¡Eso, no! ¡No deseo morir! ¡No aún!

—Es inútil luchar —chirrió la voz modulada por las calaveras, en cántico o letanía fantasía, que repetía el quieto aire caliente del anochecer—. Es inútil… Vendrás con nosotros, quieras o no…

Galia, exasperada, se inclinó. Tomó el objeto oval de Cyrus, el Ejecutor, y lo arrojó rabiosamente contra el grupo formado ya por tres o cuatro de aquellos espantosos aparecidos cuyos huesos bailoteaban en un aquelarre demoníaco…

Sucedió algo imprevisible para ella. Los esqueletos se distorsionaron y desarticularon al recibir el impacto, que derramó miríadas de chispas azules entre ellos, como una descarga de alto voltaje. Cabezas de hueso amarillo rodaron por el suelo, como pelotas espectrales.

Pero no era un triunfo, ni mucho menos. Los

huesos dispersados por tierra, volvieron a agruparse, reptando por el suelo de modo alucinante, hasta recomponer los esqueletos sobre cuyos hombros se encaramó, con horrible malignidad, la calavera de cada guerrero. La voz machacó, monocorde, implacable:

—Es inútil... Nadie puede matar a la Muerte...

Alucinada, comprendió ella que todo estaba perdido. No se podía destruir lo que ya estaba destruido, matar lo que ya estaba muerto. Un soplo de vida tal vez mágico, tal vez sobrenatural, animaba a aquellos cadáveres y les hacía salir de la tumba, en estremecedora procesión de muerte. Resultaban invencibles. A Galia le aterró la sola idea de sentirse apretada entre sus dedos descarnados, hasta morir, hasta hacerles compañía, sepultada en aquel tremendo osario.

—Dios mío... -—sollozó—-. Dios mío...

Cayó de rodillas, ocultando la cara entre sus manos, sacudida por el llanto y el terror, sin querer mirar a los monstruosos seres que se movían hacia ella, rodeándola en un escalofriante cerco de osamentas crujientes, animadas y terribles.

Casi sintió la proximidad fétida de aquellas telas negras putrefactas por la acción del tiempo y la corrupción, el hedor de los huesos amarillentos, la oleada de náusea y de muerte que se le venía encima en esos momentos.

Y luego supo que no habría nada, salvo una agonía espantosa y quizá sin precedentes, a menos que todo ser viviente que llegase al planeta Ecstasy hallara una

muerte semejante, a manos de las dantescas criaturas que eran, al parecer, sus únicos y eternos moradores, movidos por un aliento vital situado más allá de todo lo conocido, en la negrura misma de otro mundo que no era terreno, que no era físico, que estaba más allá, más lejos de la realidad y de la materia de lo que mundo alguno estuvo nunca...

Al fin, de modo espeluznante, unos dedos helados, hechos de huesos articulados, sin carne ni fibra, tocaron su nuca, en una presión diabólica, en una caricia precursora de la más horrible de las muertes, y Galia supo que iba a derrumbarse, exánime, sufriendo, cuando menos, una agonía consoladora, sin llegar a enterarse del horror que era morir así, en poder de tan siniestros y horripilantes verdugos...

* * *

Los ojos dorados se abrieron lentamente.

Las pupilas metálicas, duras y frías, se fijaron en aquellas formas increíbles que realizaban su ritual danza de muerte en torno a la mujer tendida desnuda, inconsciente casi, entre todas ellas.

Recordó vagamente su cerebro aturdido.

Mujer. Una mujer desnuda. Asustada. De otro mundo. Icteo se defendió con ella. Ella le temía. Ella ayudó a Cyrus a intentar salvarse.

Y debía haberlo logrado, después de todo*

Porque él, Cyrus... *vivía*.

Supo que vivía. Que era él, aunque ya no pensaba

como antes. Algo en su cerebro se había liberado. No deseaba matar. No deseaba destruir. No quería obedecer a nadie. Se sentía extrañamente libre. Como si acabara de nacer a una nueva vida.

Sacudió la cabeza azul, rapada y brillante. Los ojos de oro volvieron a clavarse en la muchacha. Y en sus extraños verdugos.

Eran seis o siete. Formaban un círculo. Crujían como endemoniados. Eran aquellas osamentas absurdas, ridículas casi, de no haber resultado espantables para cualquier ser humano. Comprendió por qué la desnuda criatura se había desvanecido ante tal horror.

—Esqueletos… —murmuró roncamente—. No lo entiendo. Los esqueletos *no* viven…

Pero aquéllos *vivían*. Cyrus no vaciló. Si algo no podía ocurrir y, sin embargo, ocurría, es que algo andaba mal y las cosas no eran como debían de ser. Pero era preciso evitar que fuesen de ese modo.

Se incorporó de un salto. No recibió órdenes ni instrucciones de nadie. No oyó voces lejanas en su cerebro. Bancos de memorización electrónica permanecieron mudos, como si no hubiera conexión alguna ya entre su mente y los amos y señores de Sidérea, la Superestrella de los Asesinos.

Avanzó decidido hacia los guerreros de la muerte. Levantó sus brazos titánicos y sus músculos todos se hincharon.

Luego disparó ambos puños en mazazos poderosos, escalofriantes. Eran como mazos movidos por una maquinaria potentísima y demoledora. Los huesos

saltaron por doquier, desarticulados. Cyrus vio que reptaban por el suelo, como dotados de vida propia cada uno de ellos, para volver a reunirse en una masa coherente. Lo evitó pisoteando aquellas piezas sueltas con furia.

Sus pies, enfundados en un prieto calzado elástico azul, trituraron los huesos hasta hacerlos polvo. Descargó dos patadones a sendas calaveras, y éstas, como balones de un macabro juego, salieron disparadas lejos, dando tumbos sordos en el terreno áspero, golpeando los negros muros de los edificios derretidos por el fuego cósmico. Los brazos de Cyrus eran como aspas que se movían vertiginosamente, triturando y pulverizando huesos humanos, que ya no volvían a materializarse de forma amenazadora.

Pero, eso no parecía bastar. Lenta e inexorablemente, como una legión infernal, numerosos esqueletos empezaban a surgir de la hondonada, dispuestos a caer sobre él y sobre la mujer a toda costa, en oleada incontenible.

Cyrus se agazapó, tomando sus dos óvalos azules. Los disparó contra los esqueletos de viejos guerreros sin vida. Los huesos saltaron dispersos, en medio de una oleada de fuego azulado. Pero pronto empezaron su reptar delirante, para reunirse en nuevas formas vivientes, sin sentido ni razón.

—Es inútil… —jadeó el androide, comprendiendo que aquella lucha sólo podría terminar con su muerte y la de la mujer inconsciente—. Son demasiados… y se rehacen fácilmente… Es como si cada partícula de ellos tuviera vida. Sólo cuando se les tritura

cuidadosamente no se reúnen de nuevo, Pero cada hueso suelto se mueve y actúa independientemente. Algo les mueve, algo diabólico e incomprensible…

Se inclinó sobre Galia, tras recuperar sus óvalos. La tomó en brazos, disparando acá y allá sus piernas, en patadones directos y virulentos, que hacían saltar en mil huesos dispersos a los grupos de agresores de ultratumba. Sólo que otros muchos se rehacían, uniéndose a los que incansablemente abandonaban su fosa milenaria. Las lunas, allá en el negro cielo, iluminaban con una plateada y fantasmal luz la increíble escena de horror. Cyrus las miró con rencor.

—Estoy seguro que es cosa de la noche… —susurró entre dientes, con fiereza-™. Dicen que hay mundos donde la noche provoca cosas extrañas, que ningún humano puede entender. Este es uno de esos mundos, sin duda. Sólo que no puedo entender lo que ocurre. Algo o alguien pervive aquí, pese a todo… Una forma de vida que resucita por la noche los esqueletos de antiguos guerreros, lanzándoles a destruir, a matar todo lo que realmente vive como ellos vivieron en otro tiempo… Parece cosa de una diabólica brujería, no de ninguna ciencia…

Cargado como iba con el cuerpo femenino enteramente desnudo, Cyrus se alejó a la carrera de los monstruos de la noche. Crujido de ásperos huesos, en rabiosa carrera, sonaron tras de él. Sus suaves pisadas ligeras y rítmicas, le llevaron lejos de la ciudad sombría y de la presencia terrorífica de los guerreros muertos. Cyrus estaba intentando huir. Y llevando consigo el cuerpo inerte de la mujer que en una

ocasión, pese a no conocerle, había intentado salvar su vida. No en una, sino en dos situaciones diferentes. Primero, arrojando el arma de Icteo al suelo. Después, arrancándole los electrodos cuando sé aproximaba el momento de la autoinmolación obligada, como Ejecutor de Sidérea.

Y lo cierto es que ella lo había logrado. Le había salvado la vida, evidentemente. El, Cyrus, seguía vivo. Sólo que sabía que ya no era el Ejecutor, sino algo distinto. Tal vez solamente una máquina.

O tal vez... solamente un hombre…

8

Un hombre.

Un humano.

Galia le miró largamente. Sonrió con dulzura.

—Sí —asintió. Es lo que eres. Un hombre. Un ser humano, Cyrus.

—Pero yo..., yo siempre creí que era solamente un mecanismo programado por ellos. Un simple androide.

—No. No lo eras. Debieron obtenerte de alguna parte. Como a otros ejecutores suyos. Humanos raptados por los Exterminadores. De algún lejano planeta, no sé cuál. ¿No recuerdas nada de la vida anterior?

—No, nada —él miró en derredor, al paisaje desolado, yerto, a la interminable llanura y a las ruinas de otra ciudad similar a aquella de la que huyera horas antes, con Galia en sus brazos, logrando

burlar a los esqueletos y dejarles definitivamente atrás —. No puedo recordar nada, salvo que fui un Ejecutor al servicio de los amos y señores de Sidérea, la Superestrella de los Asesinos.

—Pues no hay duda de que eres totalmente humano, Cyrus. Tus reacciones, tu modo de ser, así lo demuestran. Eres tierno, compasivo, caballeroso, honesto, audaz, generoso, noble… Tienes grandes virtudes, Cyrus. Sólo un control ajeno, una manipulación de tu cerebro, sometido a otras personas y haciéndote creer que eras un simple androide, un producto de su técnica y de su poder, pudo convertirte en un asesino. O en un Ejecutor, puesto que dabas siempre una oportunidad a tus adversarios en todas las ocasiones…

—No lo sé, Galia —confesó amargamente Cyrus—, La verdad es que nada sé de mí pasado… si es que realmente tuve un pasado.

—Procedes sin duda de un mundo civilizado. Seguro que te raptaron de alguna forma. Esa pigmentación azul de tu piel… parece obra de algún efecto, una radiación, como los ultravioleta broncean la epidermis humana. Algo inventado por los asesinos de esa estrella maligna. Tu origen y raza, son desconocidos para mí, ciertamente. Pero algún día lo encontraremos los dos juntos, Cyrus. Yo te ayudaré.

—Tú… —Cyrus la miró, como fascinado. Por vez primera, aquellos inquietantes ojos dorados, antes fríos e inexpresivos, se fijaron paulatinamente en el hermoso rostro de la muchacha, en sus labios carnosos, en sus purpúreas pupilas, en sus pechos

erguidos y generosos, en su vientre curvado, en sus muslos macizos… e incluso, fugaz e incómodamente, en el triángulo sedoso y plateado de su pubis. Luego, respiró hondo, y hubo una agitación en el tono de su voz—. Tú piensas ayudarme… ¿Cómo podrás hacerlo? ¿Cómo saldremos de todo esto? Mi nave de Sidérea habrá sido ya recuperada por los equipos de telecontrol de astronaves, para devolverla a la Superestrella. No tenemos medio de abandonar este planeta apocalíptico. Y en él nos acosan enemigos extraños y terribles como esos esqueletos vivientes y el poder tenebroso que los mueve desde alguna parte… O Icteo, dispuesto a matar antes de morir. Y sólo Dios sabe qué otros espantosos riesgos y peligros ocultos en este mundo horrible…

—Dios… —repitió Galia, sorprendida—. ¿Por qué lo has nombrado? ¿Qué idea o concepto te sugiere a ti el nombre de Dios?

—No sé… —meneó la cabeza azul, con perplejidad —. Ha sido algo… instintivo. No sé lo que es Dios.

—Pero sabes que existe. Eso es una prueba definitiva, Cyrus.

—¿Una prueba de qué?

—De que eres humano. Ninguna máquina puede saber qué es Dios. Tienes esa idea, ese concepto maravilloso y supremo que es Dios. Y eso significa algo, estoy segura…

—Todo eso no cambia las cosas. Estamos en un mundo hostil. No tenemos alimentos ni bebidas. Nada. Estamos solos ante el gran misterio adverso de este planeta.

—Si eres realmente un ser humano, como imagino, tu propia inventiva, tu capacidad de lucha y tu afán de supervivencia, te harán encontrar todo lo que nos hace falta, esté donde esté.

—No parece muy optimista lo que nos rodea, Galia, sea cual sea mi capacidad de reacción —sonrió cansadamente Cyrus, contemplando el desolado paisaje—. ¿Dónde habrá agua potable, no contaminada, o alimentos que no nos envenenen? Recuerda que la única forma de vida que hemos visto aquí, los esqueletos vivientes, no necesitan comer.

—Dios mío... —Galia inclinó su plateada cabeza—. Cada vez que recuerdo eso... ¿Cómo pueden resucitar los muertos, Cyrus?

—No lo sé. Ni siquiera eran muertos. Sólo restos. Huesos dispersos. Una fuerza maligna los une y les dota de vida. No creo que ellos vivan por sí mismos.

—¿Cuál es tu idea? —ella le miró, como esperando una sugerencia, una prueba de inteligencia de aquel hermoso desconocido de piel azul.

—Ni siquiera tengo ninguna. Pero intuyo algo... —hizo un ademán. Su recia y larga mano de atleta se extendió, abarcando cuanto podían ver ambos ahora—. Ahí, en alguna parte... una fuerza perversa nos vigila, nos acecha, no sé cómo... y mueve a su placer los poderes tenebrosos de este mundo.

—Es posible imaginar algo así —musitó Galia, temblando con repentino temor—. ¿Qué puede ser?

—Eso no lo sé. Intentaré averiguarlo. Pero antes necesitaré alimentos y agua para ti. —¿Y tú?

—Yo puedo soportar —sonrió él, animoso—.

¿Puedo dejarte sola unos momentos?

—¿Qué... qué pretendes? —gimió ella, repentinamente asustada.

—Eso: buscar algo que comer y beber. Veré si mi intención vale, como tú dices. Pero volveré en seguida, si no encuentro nada.

—Me da miedo quedarme sola. Por mí... y por ti, Cyrus.

—No temas —la alentó él—. Esta es tierra llana y desierta. Si algo se aproxima, podrás verlo venir. Entonces, usa esto. Yo lo oiré.

Le entregó algo. Un pequeño disco metálico, azul oscuro, que puso en su mano.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, sorprendida.

—Un emisor de ondas especiales. Basta aplicarlo a los labios y emite un ultrasonido. Yo puedo captarlo.

—¿Incluso ahora?

—Sí, incluso ahora —asintió—. No es cuestión de mis electrodos ni mi sometimiento a los amos de Sidérea. Es algo que afecta a mi sensibilizado oído, activado por algún procedimiento bioquímico de Sidérea. Lo comprobé antes. Puedes estar tranquila. Si lo utilizas, acudiré en seguida.

—¿Adonde vas?

—No sé. Cerca. A aquellas ruinas, por ejemplo. Si hay algo comestible o potable, ha de ser en los restos de una ciudad. Veo aquella pequeña urbe de metal retorcido, con una alta torre negra, vertical y estilizada. Algo me dice que puede haber alimentos allí. Volveré en seguida. Vigila. Y cuídate mucho, Galia.

—Tú también, Cyrus —musitó ella, apretando impulsivamente con ternura y fuerza los azules dedos de la mano sólida del supuesto androide.

—Claro —él sonrió, la miró profundamente, y luego se alejó, a la carrera, por la desierta llanura, hacia la vecina ciudad de metal derretido.

* * *

Como esperaba, habla encontrado comida, Y agua potable.

Era una vieja galería o refugio contra cataclismos externos, en el subsuelo de la pequeña y extraña ciudad donde había entrado en busca de esos alimentos tan necesarios e imprescindibles ya, tanto para él como para Galia.

Cyrus, llevado por un instinto que hasta entonces sólo había estado al servicio de una programación biónica y de un control remoto de sus acciones, había hallado lo que buscaba en ese viejo refugio hermético, al que se accedía por una serie de puertas y compartimientos-estanco preparados para las radiaciones exteriores.

Había cadáveres momificados allá dentro. Pertenecientes a ancianos, mujeres y niños. No presentaban señales de violencia. Tampoco, pese a la instintiva prevención de Cyrus al verse ante ellos, mostraron evidencias de tener una segunda vida propia, como los esqueletos de los guerreros negros.

La muerte les había sobrevenido, evidentemente, por esas mismas radiaciones externas que no pudieron

vencer con sus precauciones. Debió ser tan terrible el cataclismo que asoló la superficie de los planetas del Núcleo Solar Noventa y Dos, que las radiaciones de calor llegaron hasta allí, asfixiando a sus ocupantes o provocando su súbito colapso.

Los recipientes de alimentos, en envases herméticos de papel metálico y plástico refractario, parecían intactos. También los depósitos de agua potable, Cyrus, sin embargo, aproximó una de las piezas electrónicas de su malla azul a los productos alimenticios. Era un potente detector de radiaciones nocivas, que formaba parte del equipo altamente sofisticado que los Ejecutores llevaban consigo.

Radiación, cero. Contaminación, inexistente. Respiró hondo. Brillaron sus ojos dorados con optimismo súbito. Probó el agua con el mismo detector. Potabilidad, óptima.

—Menos mal… —resopló—. Galla y yo podremos sobrevivir… por el momento, al menos.

Cargó entre sus poderosos brazos, auténticos manojos de músculos azules, con una serie de pesados recipientes con» teniendo alimentos y agua. Sobre todo, agua. Sabía que con una frugal dieta sobrevivirían lo mismo. Pero sin agua, la muerte llegarla inexorable para ambos.

De repente, al salir de los compartimientos-estanco correlativos que daban acceso desde el exterior al refugio ocupado por las momias humanas, y viceversa, volvió a tener la extraña intuición de que no estaba solo.

Allí, cerca de él, había algo. O alguien.

Sintió tensos sus músculos y nervios. Su mente liberada, ahora de perfecto ser humano, le advirtió con intensidad. No era un presentimiento solamente. Era algo más. Estaba seguro de que un nuevo y escalofriante peligro le acechaba en alguna parte.

Hubiera querido saber dónde. Pisó las ruinas negras de la ciudad de metal. Observó sus calles angostadas, su trazado en terraplén, apuntando hacia una altura central que parecía dominar toda la pequeña urbe. Algo parecido a unos restos de murallas metálicas, negras, se alzaba en tomo a la ciudad o pueblo dominado por la alta torre negra que se alzaba en la parte más alta del lugar.

Una torre que tenía algo de siniestro e inquietante, como un rígido dedo monstruoso al cielo hostil de donde un lejano día lloviera la muerte sobre una civilización. Contempló aquella torre con incertidumbre y zozobra inexplicables. Es como si de ella fuese a surgir en cualquier momento un poder diabólico y siniestro, capaz de aniquilarle a él y a Galia, la desnuda muchacha de los cabellos de plata.

De repente, un grito sonó en alguna parte.

Un grito *humano*.

Y no podía ser la voz de Galia. Provenía del interior de la ciudad de negro metal. Era *otra voz*. Llena de terror, de angustia, de patetismo.

Clavó su mirada de oro centelleante en aquella estructura sombría y vertical. Estaba seguro de que esa voz venía del *interior* de la torre negra.

—No puede haber nadie más aquí... —jadeó Cyrus —. Nadie humano, se entiende, salvo Icteo, Galia... y

yo.

Vaciló. Luego, dejó los recipientes de comida y agua en tierra. Avanzó, decidido, hacia el negro torreón informe, rugoso y abollado por el candente azote del pasado, cuando el sol Delirium lanzó su pavorosa vorágine de fuego sobre Ecstasy.

Y de repente, la vio.

¡La figura humana surgió corriendo de la torre!

Y era... era *una mujer*. Una mujer muy diferente a Galia, por supuesto.

Era ella la que gritaba, porque volvió a hacerlo, y unos grandes ojos oscuros, amedrentados, se clavaron en Cyrus con angustia suprema. El dudó, sin saber qué hacer.

Y luego vio lo que perseguía a la mujer misteriosa, brotando del interior de la torre negra, con toda su espantosa, abominable apariencia.

Un ser alucinante, gigantesco, escamoso, de apariencia mitad humana mitad de reptil o saurio, se deslizaba veloz tras ella, centelleando malignamente sus ojos rojos como rubíes o como sangre. Una boca inmensa, de ganchudos dientes, se abría, babeante, en busca de la humana presa que tenía cercana.

Cyrus no vaciló. La desconocida iba a ser devorada de un momento a otro. Su natural heroico y caballeroso, dominó todo otro sentimiento de temor o prudencia.

Se lanzó sobre la fiera siniestra, emitiendo un grito ronco de desafío, con la sola fuerza de sus hercúleos músculos y las armas de que disponía: sus discos azules, que sabía poco eficaces frente a un monstruo

cuyas dimensiones eran como treinta o cuarenta veces las de un hombre normal.

El rostro espantable del gigantesco ser escamoso se volvió hacia él. Su boca se abrió, revelando una cavidad amarillenta y babosa, y las grandes fauces voraces emitieron un vaho pestilente que envolvió a Cyrus, aturdiéndole. Los rojos ojos de la bestia de medio cuerpo humanoide y medio reptil, brillaban como fuego. Se precipitó sobre él, dispuesta sin duda a triturarle con la mayor facilidad.

Cyrus no sólo aguantó a pie firme, sino que siguió su impulso hacia el aterrador animal, dispuesto a morir matando si era preciso, para salvar una vida humana, aunque fuese la de una desconocida absoluta.

—¡No, no lo hagas —le gritó la mujer en el idioma intergaláctico. ¡No se enfrente al Monstruo Negro de Czar! ¡El le destruirá sin remedio!

Pero Cyrus no se volvió atrás. Cayó sobre la masa negra y escamosa, que temblaba con sus bramidos. La lucha desigual y titánica iba a comenzar.

9

Y, de repente, todo se evaporó.

Ante la mirada atónita de Cyrus, la masa colosal y temible del monstruo se hizo simple humo acre, rojizo y denso que, como absorbido por una succión invisible y poderosa, se concentró y ocultó sibilantes, en la negra torre ruinosa.

Perplejo, Cyrus se vio dando volteretas por el

suelo, sin enemigo alguno al que combatir, mientras una agria carcajada, estruendosa y retumbante como un trueno de una tormenta magnética producto del caos cósmico de Ecstasy, brotaba y se perdía en el vacío silencio de la urbe muerta. Lejanos ecos repitieron las últimas estridencias de aquella risa que helaba la sangre en las venas.

—¿Qué es eso? —jadeó Cyrus—. ¿Qué significa todo esto? El monstruo, la risa...

La -mujer morena, envuelta en una especie de cristalina, escarchada ropa que permitía vislumbrar los perfiles turgentes de su cuerpo, le miró con vaga aprensión, alargó un brazo j su mano aferró la muñeca musculosa del héroe azul

—No lo entenderías, hermoso desconocido —susurró—. Es la magia de él...

¿*El*? —repitió sordamente Cyrus—. ¿Quién?

—Czar, el Supremo Mago. El único superviviente de la Superraza de Ecstasy, los Señores del Poder... Esa negra torre fue su última morada. La de Czar y su corte de brujos poderosos. Entonces llegó el gran caos, la era apocalíptica, seguida del Tiempo Novo de la muerte, el silencio y la mina. Y todos perecieron. Todos, menos Czar el Supremo Mago. El regia los destinos de las ciudades de metal Cuando ese metal se hizo candente, él vio morir a todos los suyos. Pero su magia le salvó y le concedió vida eterna, en soledad. Y aquí mora, creando ilusiones, produciendo monstruos que no existen sino en su mente...

—Pero tú huías asustada de esa torre. Tenías miedo de algo más que simples imaginaciones de un

viejo brujo solitario y quizá demente... —argumentó Cyrus, cortante.

—Eso es cierto, mi hermoso héroe —los dedos de ella apretaron sus dedos azules con fuerza—. Huía de algo más que la simple magia ya inofensiva de Czar, el loco superviviente de una superraza de magos...

—¿De qué, exactamente?

—De Falkor, señor de las Tinieblas Eternas.

—¿Quién es Falkor y qué son las Tinieblas Eternas? Creí que aquí sólo quedaba el viejo brujo loco... Czar.

—Nadie sabe quién es Falkor. Pero está aquí. Existe, aunque no tiene forma humana ni física. Cuando los grandes brujos, hubo hechos increíbles en este planeta. Uno de ellos fue la existencia de los Tenebrosos Eternos... Eran entes, criaturas informes e inmateriales de gran poder diabólico, creados por otros brujos más poderosos aún que Czar y que, al morir, dejaron esos espíritus siniestros flotando en el planeta, para causar el mal durante toda una eternidad a quien pusiera aquí sus pies... Ellos mueven a los muertos, según dicen, y dan vida hasta a los huesos de los difuntos ya convertidos en simples osamentas...

—Ahora voy entendiendo —musitó Cyrus, pensativo—. Los Tenebrosos... Ellos lanzaron contra nosotros a los esqueletos de unos guerreros de negra coraza...

—Los Guerreros Negros... —tembló ella—. ¿Revivieron sus huesos?

—Sí. Pero no los temas. Quedaron atrás. Vencidos en parte. Ahora dime: ¿de qué huías, exactamente?

—De algo más que un simple monstruo creado por

ese pobre viejo loco. De espantosas sombras asesinas que venían hacia mí en masa, para llevarme a su reino de oscuridad eterna y dolorosa…

—Pero tú me advertiste que no luchara contra el Monstruo Negro…

—Eso podía irritar a Czar. Cuando se enfurece, puede crear cosas horribles y matar de terror a cualquiera… Pero su locura es inofensiva si se es valiente como tú. Lo peor está en esas sombras de muerte de Falkor y sus poderes de ultratumba, desconocido.

—Voy a ir adentro, a ver a Czar y enfrentarme a los Tenebrosos —dijo secamente Cyrus, con decisión —. Pero antes quiero saber quién eres tú.

—Soy Azura, del pueblo nómada Arisio —explicó ella—. Pero, por favor, no entres en la Torre Negra. Es el lugar donde se alberga todo lo maligno, desde las demencias enloquecedoras de Czar, hasta las sombras asesinas de las Tinieblas Eternas de Falkor, su Señor.

—¿Quién es el pueblo nómada Arisio? Creí que no había humanos vivos en Ecstasy…

—No los hay, prácticamente. Quedamos algunos supervivientes de pueblos nómadas. Vivíamos en el subsuelo de Ecstasy, por eso nos salvamos. Aún quedan algunos reductos milenarios de mi pobre raza. Siempre en el subsuelo, para sobrevivir.

—Pero tú has abandonado el interior del planeta…

—Cometí ese error. Quería ver la luz, las estrellas, el mundo exterior, del que tanto me habían hablado mis antecesores. Nunca debí salir. No sé volver ahora. Y estoy asustada, muy asustada…

—De modo que hay vida bajo este suelo yerto, de ruinas de metal y de cenizas... —reflexionó Cyrus, con su mirada de oro perdida en la distancia.

—Sí, pero nadie lo sabe en la galaxia. Mi pueblo es medroso, se oculta fácilmente en sus ciudades subterráneas... —Azura le miró intensamente—. ¿Vas..., vas a entrar ahí?

-—Sí —afirmó Cyrus, enfático—. Quiero conocer cuáles son las auténticas formas de vida, buenas o malas, de Ecstasy.

—No volverás con vida. Las sombras te atraerán a su mundo, del que no se vuelve... Es una dimensión inmaterial y terrible, donde se sufre eternamente...

—No temo a nada ni a nadie. Si hay algo malo en este mundo, debo vencerlo de una vez por todas, si quiero subsistir con alguien que me acompaña, o el miedo y la amenaza nos acosarán siempre.

Se dispuso a penetrar en la negra torre, desprendiéndose enérgico de la mano firme de aquella hermosa joven de oscuros cabellos y bronceada piel, cubierta con tejidos cristalinos de escarchado aspecto.

Pero en ese momento, en alguna parte, se produjo una intensa vibración sónica que Cyrus captó limpiamente. Giró la cabeza, con sobresalto. El ultrasonido vibró, casi ensordecedor, en sus oídos. Todo él se tensó y sus músculos se hincharon. Los ojos dorados emitieron destellos candentes.

—¿Qué te ocurre ahora? —demandó Azura, sorprendida—. ¿Qué escuchas, hermoso héroe azul?

Cyrus no contestó. Repentinamente, echó a correr, .olvidándose de todo. De los alimentos, del agua, de

A2ura, la superviviente de los mundos nómadas del subsuelo, y de la Torre Negra, con su mago loco y sus sombras de muerte, materializadas por un remoto poder mágico liberado.

Era el ultrasonido del disco azul. ¡Galia estaba en peligro y pedía ayuda!

—¡Espera, espera! —gritó Azura, angustiada, corriendo tras de él cuanto le era posible, pese a que el ritmo y velocidad de la carrera de Cyrus era endiabladamente rápido—. ¡No me dejes aquí, no me abandones…!

Pero Cyrus no parecía escucharla siquiera. Su velocidad iba en aumento, dejando muy atrás a Azura, la nómada arisia, y pronto la pequeña ciudad amurallada en otros tiempos, quedó atrás, adentrándose en el desierto polvoriento, de cenizas grises, donde dejara a Galia esperando su retomo con los alimentos y el agua potable.

Por el camino, mientras salvaba la distancia que le separaba de la muchacha desnuda, Cyrus se preguntaba qué nuevo peligro, en el delirante planeta Ecstasy, podía acechar en esos momentos a su joven amiga.

La respuesta la tuvo pronto. Apenas llegó a las negras rocas basálticas donde dejara acampada a la muchacha, descubrió los motivos por los que ésta emitiera el ultrasonido en demanda de auxilio.

Ahora ya no eran ultrasonidos los que llegaban a él como evidencia del terror de Galia. Eran gritos de ésta. Gritos angustiosos, pidiendo a Cyrus que la salvara del nuevo riesgo al que se enfrentaba.

Cyrus se paró en seco, sintiendo la tensión lógica en quien sabía la clase de adversario temible con el que se enfrentaba en ese momento, y que ahora amenazaba a Galia, tal vez solamente como un reclamo para atraerle a él a una trampa mortal de la que no había escapatoria.

Dos monoplazas, azules y frías brillaban aparcadas en la arena cenicienta de la llanura. No lejos de Galia, por cierto. Y frente a ésta, dos figuras azules, herméticas, implacables, la amenazaban con sus óvalos azules también, mientras de sus labios brotaban palabras duras, aceradas, casi feroces:

-—Lo sentimos... Usted no nos importa. No tenemos nada contra usted... No queremos causarle daño. Pero sabe dónde está Cyrus el Ejecutor. Somos ejecutores de Sidérea y venimos a por Icteo, nuestra víctima. Pero también a por él, a por Cyrus. Tenemos que matar a los dos... Sabemos positivamente que Cyrus no se autoeliminó. Algo sucedió con sus circuitos. Hay que eliminarle, o Sidérea se vería perjudicada sin remedio... Es la ley. Tenemos que matarle. Si no nos dice dónde está o él no acude, usted será la primera en morir. Repetimos: no hay nada contra usted. Pero nuestra misión debe ser cumplida. O también seríamos eliminados por fracasar en ella...

—¡No tenéis que dañarla a ella para nada! —clamó Cyrus, saltando ante ellos resueltamente, con decisión y energía—: ¡Aquí está Cyrus el Ejecutor! ¡No toquéis a esa mujer, que nada de culpa tiene en mis problemas! ¡Venís a por mí! ¿No es cierto? Pues bien, adelante. ¡Adatadme, estúpidas máquinas asesinas!

¡Acabad con Cyrus, y dejadla a ella sana y salva!

—¡No, Cyrus! —gritó Galla, desesperada, volviéndose hacia él—. ¡Eso, nunca! ¡No quiero que mueras! ¡Huye, huye! ¡No sabía que eran ellos! ¡Usé el ultrasonido al ver descender sus naves, pero no podía sospechar la verdad! ¡Escapa, Cyrus, escapa, por el amor de Dios!

—Nunca, Galia —negó él, rotundo, encarándose a los dos azules ejecutores llegados de Sidérea para cumplir su siniestra misión asesina—. No me escudo tras una mujer. Y menos tras de ti. Esto tenía que suceder. Lamento que ocurra, pero estaba escrito así desde un principio. Un ejecutor nunca puede ser libre, aunque se sienta humano. Nunca...

—Cyrus, no temo por mí ahora. No es por egoísmo. ¡Quiero que vivas, que salgas de todo esto! —le gritó ella, impetuosa, yendo a sus brazos.

Cyrus la estrechó contra sí. Sonrió y, por vez primera, hubo ternura y emoción en sus insondables ojos dorados. Frente a ellos, los dos ejecutores eran dos estatuas azules, esperando impávidas su momento.

—Creo que me siento más humano que nunca —suspiró él—. Incluso sé que... te quiero, Galia...

—¡Cyrus! —sollozó la joven, aferrándose a él, buscando los labios azules, carnosos..., y encontrándolos, para fundir en ellos los suyos propios, en un beso prolongado y pasional, mientras sus plenos y macizos pechos se estrujaban contra el torso del hombre de Sidérea, y sus muslos poderosos y torneados se apretaban contras las piernas musculosas del atleta gigantesco que la tenía en sus brazos de titán

—. ¡Te amo, te deseo, te necesito, quiero salvarte, cueste lo que cueste!

—Imposible —rechazó Cyrus con voz ronca—. Eso no puede ser. No entra en las leyes de los señores de Sidérea.

Y sus leyes siempre se cumplen, ocurra lo que ocurra... Este es el fin de un hermoso imposible que tal vez duró demasiado. Lo siento, Galia. Siento dejarte sola, pero sé que puedes luchar por ti misma, por sobrevivir. Dejé recipientes de agua potable y alimentos sanos en una calle de esa ciudad. Pero ten cuidado con la Torre Negra. En ella hay un viejo mago loco que sobrevivió al holocausto de Ecstasy. Y sombras asesinas de un poder maligno, desencadenado, que conducen a los seres vivos a la sombra de lo Eterno. Y una mujer, Azura, de un pueblo nómada subterráneo... Trata de hallar tu sitio en este horrible mundo, Galia. Siento no poder hacer ya nada por ti. Ellos llegaron. Y ellos siempre cumplen su misión, yo lo sé mejor que nadie.

Se desprendió de la muchacha. Dejó atrás su hermoso cuerpo desnudo, apetecible, que él nunca poseería ya. Avanzó hacia los azules colegas de la Superestrella de los Asesinos de Sidérea.

Ellos le miraron impávidos, sin entusiasmo ni felicidad en sus inescrutables facciones azules. Uno de ellos se limitó a decir, como excusándose:

—No podemos hacer otra cosa, tú lo sabes, Cyrus. Es una orden.

—Claro —rió Cyrus, resignado—. Adelante. No lucharé. Matadme. Es la ley.

—No —rechazaron ambos a la vez. Y uno completó —: Sabes que tienes una oportunidad. Debes defenderte, Cyrus. Es lo ético. Lucha. ¿Tienes tus óvalos mortíferos?

—Sí. Los tengo. Pero no quiero luchar con vosotros. Sois como yo fui una vez. Simples humanoides convertidos en máquinas de matar, en androides asesinos. Pero si os quitaran esos electrodos malditos, seríais tan humanos como yo mismo. No puedo matar a víctimas de un sistema cruel y feroz como el de Sidérea, donde superhombres sin piedad juegan con hombres sometidos, esclavizados y programados como robots. Matadme. No lucharé.

Los dos hombres azules se miraron. Los androides de

Sidérea se encogieron de hombros. Sus ojos inexpresivos se clavaron en Cyrus.

—Como quieras —dijo uno de ellos—. Nos dijeron que te matáramos de un modo u otro. No hay perdón posible para ti. Adiós., Cyrus,

Y los dos ejecutores alzaron sus manos azules, metálicas de brillo, sujetando en sus dedos nervudos los temidos óvalos mortales, que serian disparados inmediatamente contra Cyrus, el rebelde que había sobrevivido a las leyes tiránicas de los señores de Sidérea.

Galia lanzó un ronco gemido de horror. Iba a asistir, impotente, a la muerte de aquel hombre hermoso, fuerte, viril y tremendamente humano que habla conocido en el planeta muerto. Sin poder hacer nada por salvarle de su terrible suerte final…

El propio Cyrus, erguido, sereno, frío, esperaba su final. Solamente su mirada dorada dirigió una última y patética ojeada a Galia, donde había amor, ternura, dolor y también una despedida muda y tremenda…

Azura, la morena y hermosa criatura superviviente de Ecstasy, de la raza nómada de los arisios del subsuelo, también contemplaba, parada a poca distancia de Galia, con ojos grandes y perplejos, el inevitable final que iba a culminar aquella dramática y para ella inexplicable escena de muerte…

10

Cuando la muerte de Cyrus parecía totalmente inevitable, ocurrió lo que nadie podía prever.

De súbito, una especie de centelleo rodeó como un líalo las figuras de los dos ejecutores, y después una caparazón de hielo envolvió a ambos, conviniéndoles en sorprendentes estatuas heladas, inmóviles, como petrificadas dentro de aquella cristalina envoltura que les reducía a la impotencia total.

En sus azules rostros, quedó grabada una expresión entre sorprendida y desconcertada, tal vez la única que había llegado a alterar alguna vez su natural inescrutable y gélido.

Lanzó Cyrus una imprecación, tan sorprendido ante el suceso como los propios congelados ejecutores y la incrédula Galia, que contemplaba la escena sin dar crédito a sus ojos.

—Dios mío… —susurró, esperanzada—. Es como

un milagro, Cyrus. Estás a salvo de ellos y de su amenaza mortal...

—No sé todavía hasta qué punto —dijo el ex ejecutor con tono pensativo, sin dejar de estudiar a los dos hombres azules llegados de la siniestra Sidérea—. Al menos, por el momento eso parece... Pero me pregunto quién y cómo... pudo hacer algo así con ellos.

En ese instante una larga carcajada burlona sonó a espaldas de ellos. Vivamente, se volvieron los tres hacia la figura esquelética y asombrosa que acababa de aparecer, como un increíble espectro, procedente de las negras ruinas de metal.

Era aquel hombrecillo flaco y encorvado el que reía, exhibiendo una dentadura amarilla y desigual, entre sus labios rugosos y delgados, en una mueca sardónica. Los ojos eran grandes y redondos, muy salientes, como si los tuviera desorbitados. Su cráneo alargado, puntiagudo, era totalmente calvo, de piel brillante y amarillenta. Sólo vestía un taparrabos de tejido negro, un extraño turbante rojo de seda brillante, y unas sandalias tachonadas de piezas de metal también rojo. Los brazos eran interminables, huesudos y flaquísimos, y al final de ellos, unas manos también largas, sarmentosas y de dedos esqueléticos, se agitaban como en movimientos rituales, a medida que una vocecilla aguda, chirriante y burlona, brotaba de sus yertos labios:

—¡Veo que os sorprende mi magia, extranjeros! ¡Todos parecéis asombrados de que alguien pueda paralizar con su simple voluntad a dos asesinos

llegados de muy lejos con la intención de matar! ¡Y sin embargo, yo, Czar, amo y señor de las Ciencias Ocultas, único superviviente de los Señores de la Sabiduría, pude hacerlo sin esfuerzo alguno, para evitar un crimen estúpido! ¡Yo, Czar, el mago que sobrevivió al gran holocausto y lleva sobre sus cansados hombros milenios enteros de existencia, soy capaz de hacer cosas que ni el más poderoso técnico o científico de las galaxias podría siquiera imaginar o imitar! ¡Estás a salvo, hombre azul, gracias al poder de mi mente y de mi hechicería! ¡Yo, Czar, salvé tu vida!

—Estoy empezando a comprender —asintió con lentitud Cyrus—. Pero ¿por cuánto tiempo puede tu magia mantener a esos seres paralizados dentro de esas envolturas de hielo?

—No mucho, ésa es la verdad —asintió de mala gana el pintoresco brujo de Ecstasy—. Hasta la magia tiene sus límites, sobre todo cuando uno ya es demasiado viejo para tener el mismo poder que tuvo en el pasado…

—Y cuando dejen de permanecer ahí petrificados…, atacarán de nuevo —sentenció Galia, con tono sombrío—. Sus mentes están programadas únicamente para matar, y nada ni nadie les apartará ya de esa idea en el momento en que puedan ser dueños nuevamente de sus actos. Tu brujería, viejo Czar, nos servirá de bien poco para entonces…

—Bien, ¿y por qué no les desarmáis ahora, aprovechando que ellos no pueden defenderse? —sugirió Czar suavemente, pegando unos saltitos casi cómicos—. Durante unos minutos, mi magia surtirá

efecto y ellos no podrán defenderse.

—¿Se les puede tocar, aun estando envueltos en esa capa de hielo? —dudó Cyrus.

—¿Hielo? —Czar rió burlonamente, con aire divertido—. Ni siquiera tienen hielo o cosa alguna en torno suyo. Lo que veis es sólo producto de mi magia, simple imaginación. Una materia inexistente, pero que vosotros podéis ver, retiene inmóviles a los dos asesinos. Podéis atravesar ese falso muro helado como si no estuviese ahí, porque en realidad, no está.

—Entonces, tengo una idea —musitó Galia vivamente.

Se precipitó sobre los dos seres azules y procedió con igual rapidez que lo hiciera en otra ocasión, al desconectar a Cyrus del control remoto de Sidérea. Sus manos atravesaron sin problemas la incorpórea capa de hielo que envolvía a ambos, y que en realidad sí mostró una cierta gelidez a su contacto.

Galia arrancó los electrodos de sienes y pecho. Hubo un chisporroteo súbito y violeto, y las dos figuras vacilaron, mientras los chispazos brotaban de sus puntos desconectados. Galia arrojó lejos las piezas azules arrebatadas a los ejecutores, y sonrió triunfalmente a Cyrus.

—Ahora ya no pueden recibir órdenes a distancia —señaló—. Serán solamente humanos, no androides o robots para matar.

—Pero en ese caso, Galia... —Cyrus se irguió, con una llamarada de astucia en sus dorados ojos—, ¡en ese caso. Los Exterminadores de Sidérea nos arrebatarán inmediatamente las dos naves en que ellos

llegaron! ¡Sus detectores deben marcar ya la desconexión de piezas de sus enviados!

Galia miró hacia las naves posadas en el desierto, comprendiendo lo que sugería Cyrus, El había pensado en alguna de esas naves para huir definitivamente del planeta maldito, con destino a algún otro confín galáctico donde estar para siempre apartados de la posible venganza de los Exterminadores.

Pero esas naves iba a atraerlas hacia sí la Superestrella de los Asesinos, dejándoles nuevamente sin recursos para alejarse definitivamente de aquel mundo caótico y terrible, donde todo les era hostil.

Apenas lo hubo dicho Cyrus, algo, una fuerza oculta y remota, comenzó a mover lentamente las dos naves azules. El ex ejecutor lanzó una sorda imprecación y, de súbito, echó a correr, en fantástica carrera, hacia el más próximo de ambos monoplazas cósmico

Galia comprendió lo que pretendía. Le alentó, angustiada.

—¡De prisa, Cyrus, de prisa! ¡Ya van a despegar!

El sabía que era cierto. Uno de ellos se despegaba ya lentamente del suelo polvoriento, levantando lúgubres cenizas de la superficie del planeta Ecstasy. Cyrus renunció a alcanzar esa nave, porque sabía que era ya inútil intentarlo. Pero alcanzó a tiempo la otra, cuando empezaba a vibrar sordamente, reactivados sus motores a distancia por el extraño y oculto poder de los señores de la muerte, y a punto de iniciar el definitivo despegue.

El cuerpo de Cyrus fue como una elástica y

fantástica figura felina de un azul singular, saltando en el aire, cayendo sobre el metal de la nave, en un punto preciso, justamente cuando el despegue paulatino era ya una realidad. Sus poderosas manos azules presionaron algún resorte externo que él conocía, y una escotilla se deslizó silenciosamente en el fuselaje de la nave, cuando ya ésta no tenía contacto con el oscuro suelo desértico.

Cyrus penetró con rapidez por la abertura, desapareciendo dentro de la pequeña nave. Galia, angustiada, observó que ésta cobraba altura, mientras su gemela se alejaba ya definitivamente en el negro cielo salpicado de astros y de nebulosas, atraída inexorablemente hacia la lejana Sidérea.

Por un momento temió lo peor. Y lo peor era que Los Exterminadores de Sidérea pudiesen atraer hacia sus dominios, junto con la nave, al rebelde y liberado Cyrus, para asesinarlo fríamente.

Cyrus, sin embargo, manipulaba ya desesperadamente dentro de la nave, luchando contra el sistema de pilotaje y controles remotos. Sus dedos, como férreos garfios, se crisparon sobre unos determinados mandos, forcejeando con ellos, hasta que un fuerte chasquido y una miríada de chispazos le arrojó contra un muro de la pequeña nave, golpeándose.

El cuadro de controles humeaba, entre chispazos, pero la nave se bamboleó, inició una cabriola en el aire y, finalmente, se derrumbó sobre la arena polvorienta como cenizas de un cataclismo, permaneciendo allí inmóvil Cyrus respiró hondo, con

alivio, y se incorporó, frotándose la cabeza rapada en su punto dañado al caer. Una sonrisa asomó a su rostro, habitualmente inescrutable. Contempló con fiereza orgullosa los mandos ahora inmóviles, como inutilizados por el momento.

—Lo logré —dijo entre dientes, encajando sus mandíbulas—. ¡Lo logré, malditos asesinos! ¡Una de vuestras naves es mía, y eso indica que puedo aún luchar contra vosotros y venceros con vuestras propias armas! ¡Estas naves son capaces de llegar adonde ninguna otra llegaría! ¡Y si borro de su memoria electrónica los sistemas de detección, ya nadie dará con nosotros en el futuro, y seréis definitivamente burlados, asesinos...!

Feliz por su victoria sobre sus antiguos amos, saltó de nuevo fuera de la nave, corriendo a reunirse con Galia que, feliz también ante el éxito de su empeño, corrió hacia él y le abrazó, patética, mordiéndose ambos en sus bocas apasionadamente.

—Lo hice por ti, —Sólo por ti, querida... —susurró Cyrus—, Tengo, que protegerte, cuidar de ti..., porque te amo.

—Cyrus, es maravilloso —murmuró la muchacha —. Ahora si que veo que eres profunda y realmente humano..., tal como yo te quería...

Pero evidentemente, nunca el triunfo iba a ser definitivo para los dos esforzados jóvenes unidos por el destino en tan inquietante lugar del Universo. Mientras los dos ejecutores perdían su envoltura de falso hielo, para caer inconscientes al suelo, siguiendo acaso el mismo proceso vivido antes por Cyrus, Azura,

la muchacha nómada de Ecstasy se limitaba a contemplar toda la escena con una indiferencia como si fuese solamente testigo desinteresado de todo aquello, y Czar bailoteaba a su aire, algo alejado.

Y en ese momento, Icteo hizo su aparición en escena.

* * *

El violador de Nemea, el agresor de Galia, el hombre sentenciado por los asesinos de Sidérea, por encargo del Señor de Tanak, padre de Nemea, la muchacha que se suicidó, estaba ahora ante ellos. Armado, y dispuesto sin duda a matar, si era preciso, para salirse con la suya.

Y en esos momentos, su propósito estaba bien claro: era la nave azul ganada en tan dura pugna por Cyrus la que quería para su propio y exclusivo uso, logrando huir así de Ecstasy y de los que de otro modo, irremisiblemente, terminarían por dar con él y ejecutarle conforme a lo previsto.

—No se mueva nadie..., o mato a esta joven —silabeó la voz agria e innoble de Icteo,

Quien, con la falta de nobleza y valor habitual en él, se aproximó esta vez a Azura, la joven morena, del pueblo arisio de Ecstasy, y le apoyó en el cuello una vieja y negra espada de empuñadura de gemas rojas y metales preciosos, obtenida tal vez en alguna galería o vieja cripta de la ciudad muerta.

El espadón, perteneciente sin duda a alguna vieja armadura bélica de los tiempos de esplendor del

planeta, se apoyó amenazador en el cuello broncíneo de la joven, que sin embargo, no reveló temor ni sobresalto alguno por aquella amenaza imprevista, y se limitó a mirar fríamente a su agresor.

—¿Qué pretendes ahora, Icteo? —demandó Cyrus, tajante.

—Esa nave —señaló el vehículo azul de Sidérea—. Es para mí. Podré huir en ella para siempre de todas las amenazas de tus malditos amos, Cyrus. Sé que una nave de Sidérea, si se independiza, es imposible de alcanzar por otra de Sidérea, porque puede borrar sus huellas y su paradero de modo definitivo. Necesito esa nave. Y la obtendré, cueste lo que cueste.

—¿Aunque sean nuestras vidas todas? —dijo Galia,

—Aunque sean todas —confirmó duramente Icteo.

—Czar, ¿no hay ninguna magia contra ese hombre? —sugirió Galia, desesperadamente, dirigiéndose al brujo—. ¿No pueden tus poderes anular la maldad de ese canalla?

Czar meneó negativamente la cabeza, sin dejar sus grotescos bailoteos.

—No tengo fuerzas suficientes ahora —se lamentó —. Me siento viejo, muy viejo. Esto de vivir eternamente tiene sus problemas, muchacha… Tengo que descansar después de mi jueguecito de antes, para recuperar energías mentales. Tal vez mañana…

—Mañana —musitó tristemente Galia—. No habrá mañana, si ese hombre nos asesina…, o si escapa de aquí. Ambas cosas serán condenamos a la misma suerte.

—Por ello no debemos renunciar a la lucha —

jadeó Cyrus, crispado, apretando con rabia sus azules puños—, Pero la vida de esa pobre muchacha está en juego… No podemos hace nada o la asesinará despiadadamente.

—¿Os preocupáis por mí? —sonrió con asombrosa calma Azura, pese a que su piel del cuello aparecía ligeramente hundida por la presión de la punta de la terrible espada—. Oh, no lo hagáis. Puedo resolver las cosas por mí misma, extranjero…

Rió de un modo extraño. Fue una risa melodiosa y siniestra a la vez, que hizo enarcar las cejas, con asombro y extrañeza, a Cyrus. Por un momento, intuyó que algo no era lo que parecía.

Y acertó.

Repentinamente, al fijar Azura su mirada fulgurante y risueña en Icteo, ocurrió algo espantoso.

El rufián emitió un agudo chillido. Su rostro, su cuerpo todo, se oscureció de repente, ennegreciéndose como si se calcinara. Pero no era calcinación, sino que Icteo se estaba convirtiendo… ¡en humo negro, simplemente!

Fue una fugaz figura humana trazada en denso humo, que luego se volatilizó…, y fue absorbido por la boca de Azura, la hermosa muchacha del pueblo nómada del subsuelo, como si aspirase una simple bocanada de gas. La espada cayó pesadamente al suelo, a sus pies.

De Icteo no quedaba el menor rastro.

—¡Los dioses nos asistan, y los poderes de la Magia Suprema nos protejan! —aulló el mago Czar, con repentino terror, desorbitando todavía más sus ojos y

mirando despavorido a la muchacha, que sonreía tranquilizante—. Ella..., ¡ella no es lo que dice ser! ¡Es Falka, la Señora de las Tinieblas! ¡Es la Reina de los Tenebrosos Eternos, llegados del mundo de la oscuridad...!

Azura sonrió malignamente y asintió despacio.

—Sí, lo soy —dijo—. Lo siento por vosotros todos. Tenéis que venir a mi mundo de tinieblas, como lo hizo ya ese hombre... He venido a por vosotros...

11

Siguió un silencio fantástico, aterrador, tras esa revelación horrible.

Azura, la supuesta muchacha arisia, procedente de los pueblos subterráneos de Ecstasy, no era tal, sino la tenebrosa dueña y señora del mundo de lo inmaterial, de las Tinieblas Eternas, dónde los seres vivientes de aquel planeta desaparecían por la eternidad, convertidos en simple materia oscura, carente de vida propia...

Y ahora, todos ellos iban a seguir la misma suerte de Icteo.

Todos iban a ser victimas de sus extraños y tenebrosos poderes. Czar gimió, retorciéndose en el suelo ceniciento como si sufriera una crisis epiléptica:

—Ahora lo entiendo... Tú no eres la muchacha inocente que decías ser. No perteneces al noble pueblo arisia que se oculta en las profundidades de este planeta, sobreviviendo miserablemente al gran caos de la era apocalíptica... Tú eres un ser de la Dimensión

Sombría, donde nada tiene cuerpo ni color, donde sólo reina las oscuridad eterna, donde los seres vivos son sólo tinieblas…, como tú misma, pese a tu falsa apariencia actual. ¿Por qué lo hiciste?

—Tenía que apoderarme de nuevos esclavos para nuestro mundo de oscuridad —sonrió Azura malignamente, mirando con arrogancia a los que la rodeaban—. Capté su presencia en la superficie de Ecstasy y decidí aparecer aquí. Tú quisiste asustarme con uno de tus viejos y tristes trucos de mago anciano y caduco, haciendo surgir a aquel falso monstruo. Yo me hice la asustadiza, para atraer a ese hermoso hombre azul, a Cyrus, hasta mi El y sus amigos y enemigos serían luego mis victimas, mis esclavos, cuando regrese a mi reino de tinieblas sin fin.

—Y una vez allí, ¿en qué nos convertiremos? —preguntó sordamente Cyrus, clavando en la misteriosa y temible mujer sus pupilas doradas—. ¿En humo negro, como icteo?

—Eso sólo lo sabréis entonces —dijo ella, desdeñosa, con su mueca malévola flotando en sus labios—. La respuesta la tendréis allí, en mis dominios. Pero os puedo anticipar que la vida que allí os espera, nada tiene que ver con la que hasta ahora entendisteis como tal…

—Cyrus, ahora que podíamos huir, ser felices ambos, lejos de aquí… —susurró amargamente Galia, aferrada a su compañero de peripecias—. ¿Por qué tiene que ocurrimos esto? ¿Por qué has de llevamos allí, quienquiera que tú seas?

Azura la contempló indiferente. Nada parecía

conmoverla ni emocionarla. Era tan fría y deshumanizada como las propias sombras a las que sin duda conduciría a sus víctimas, una vez absorbidas por aquella criatura extraña, gélida y cruel.

—Porque así tiene que ser —dijo—. Y así ha sido siempre. Nuestros dominios de las sombras necesitan de esclavos llegados de luz, del mundo de los colores y las formas. Descubriréis que, gracias a vosotros, nuestra propia existencia gana en fuerza y vigor... Pero dejemos de hablar. Ha llegado el momento. El viejo y patético Czar, con su magia decadente, seguirá deambulando por este triste planeta, hasta el fin de sus días, cuando ya su vejez sea tanta que ni siquiera pueda seguir siendo un anciano estúpido y ridículo. Pero vosotros cuatro..., esos dos hombres azules de Sidérea, así como tú, hombre azul, y tú, muchacha..., venís conmigo, ahora. Despedíos de la luz, de ese sol, de estos colores y formas que ya nunca veréis. 'Será como entrar en una existencia ciega y sin fin, hecha sólo de sensaciones...

—Cyrus, tengo miedo... -—susurró Galia, aferrándose a él con desesperación. Se miró a sí misma, con patetismo, en las doradas, fosforescentes pupilas de Cyrus—. Mucho miedo.,.

—Calma, querida —murmuró él, rodeándola con su fuerte y hercúleo brazo—. Mientras sigamos juntos los dos..., todo irá bien, ocurra lo que ocurra.

Azura soltó una carcajada casi diabólica. Su voz tuvo un tono sarcástico:

—¡Juntos! No existen las distancias en la oscuridad, recuérdalo, Cyrus. No existe el amor,

tampoco. Ni las emociones. Nada. Allí, todo es frío y tenebroso. Para siempre...

Czar, el viejo brujo, contemplaba tristemente a la joven pareja. Las venas de la calva y apepinada cabeza de pergamino se hinchaban, y sus órbitas visuales se dilataban, como globos vidriosos, fuera de sus párpados, en un esfuerzo absurdo, que nadie podía entender, como si estuviese abstraído en viejas e inútiles reflexiones de otros tiempos en los que su poder mágico fue realmente poderoso...

Cyrus y Galia vieron avanzar hacia ellos la figura rígida, implacable, de la falsa muchacha arisia. Azura era la imagen misma de la crueldad y la fría indiferencia en esos momentos. Su aspecto físico bien sabían que era totalmente falso, una simple apariencia para ocultar a un ser maligno de las tinieblas eternas de Ecstasy, el mundo donde la técnica y la magia crearon, milenios atrás, una extraña mezcla de civilización fantástica, extinguida junto con la llegada del metal candente que todo lo arrasó...

—Firmeza, Galia —susurró Cyrus, junto al oído de su pareja—. Que no advierta temor en nosotros esa horrible criatura... Vayamos a ese mundo de horrores y oscuridad con toda la dignidad posible. Ya viste el fin de Icteo. No existe medio de defendernos de ella ni de sus poderes.

Azura estaba ya cerca. Frente a ellos, como una siniestra máscara de algo mil veces peor que la misma muerte que, a fin de cuentas, era reposo eterno, y no una forma de existencia en la ceguera absoluta de ojos y de sensibilidad, de mente y de alma..., en un ámbito

cuyo horror debía de ser infinito, alucinante. Y quizá, como una condenación.

Nada podía ser ahora capaz de salvarles de su trágico destino.

* * *

Czar se había concentrado con todas sus fuerzas en aquel afán supremo. Fuerzas débiles ya por la edad milenaria, por el agotamiento físico y psíquico del anciano brujo, superviviente de una gran civilización.

No estaba seguro de sus propias fuerzas. Pero se había obstinado tanto en el esfuerzo definitivo, que algo ocurrió.

Sus grandes, desorbitados ojos, se clavaban en la nave azul monoplaza que reposaba en medio del desierto, al parecer ya absolutamente inútil, puesto que sus presuntos ocupantes jamás iban a poder fugarse de Ecstasy, salvo para sumergirse en la pesadilla eterna de la tinieblas.

Pero la mente lúcida del viejo Czar, el solitario habitante de las ruinas de la negra torre de metal, veía más allá de la superficie metálica de la nave, en su intensa concentración que le permitía el obstáculo sólido, para llegar hasta los controles mismos de la nave de Sidérea.

Lo demás, ya no era magia. Sólo esfuerzo mental, concentración suprema, potencia psíquica suficiente para intentar el milagro salvador.,.

Y el milagro se produjo.

Repentinamente, un casi invisible cañón de la

artillería de aquella nave monoplaza, emergió por una redonda y pequeña escotilla. El mago había adivinado su capacidad y su naturaleza. Lo demás había sido simple fuerza mental, ondas de poderosa intensidad, capaces de manipular controles y mandos a distancia.

El cañón era de carga lumínica. Una especie de superrayo láser de gigantesco poder taladrante, capaz de perforar muros de acero o de la más gruesa y sólida piedra. Pero capaz, también, dada su tremenda fuerza lumínica, de cegar a cualquiera con su mortífero destello.

Czar terminó su esfuerzo psíquico. La palanca de disparo, dentro de la nave azul, se accionó. El cañón emitió un sibilante sonido. Cyrus, estremeciéndoseˆ comprendió. Miró a Czar, a la sorprendida Azura, y gritó roncamente, aferrando a Galia y tirándose con ella, de bruces al suelo:

—¡Pronto, abajo, Galia! ¡Es la muerte!

Y era la muerte.

Pero una forma de muerte imprevisible para Azura, realmente Falka, la dios de las Tinieblas Eternas. Porque su cuerpo todo, cuando iba a entrar en el trance de mutación para absorber a Galia y Cyrus, convirtiéndoles en simple gas, se iluminó como una materia incandescente, cuando el impacto de luz deslumbradora la tocó.

Un alarido interminable, desgarrador, escapó de labios de la siniestra mujer. Luz y más luz, en forma de chorro cegador, la envolvía en un auténtico torrente de claridad cegadora y ardiente.

Como una pavesa, su cuerpo todo se fundió en esa

luz dantesca, dejando sólo pavesas humeantes, simple ceniza en torno al punto donde poco antes se erguía ella.

Cyrus jadeó, pegado al suelo, con Galia a su lado. La luz del cañón se extinguió. A su lado, en comparación, la noche pareció más oscura y terrible que nunca.

Un silencio mortal reinaba en torno de ellos.

Se incorporó despacio, ayudando a Galia, cuya mano sujetaba con fuerza, estrujando los dedos de la desnuda muchacha entre los suyos. Miró en derredor, sombrío.

No sólo Azura había desaparecido, quizá para siempre, vencida la oscuridad por la única arma capaz de vencerla: la luz.

Czar no es que hubiese desaparecido. Pero yacía algo más allá, abrasado por el rayo de luz mortal, convertido en un cadáver calcinado, ennegrecido y convulso. Pese a ello, su rostro intacto, revelaba felicidad. Había muerto con una sonrisa feliz en sus labios agrietados y milenarios.

Tal vez dichoso por descansar al fin, después de tantos siglos de vida obtenidos con su vieja magia. O tal vez por haber salvado dos vidas, dos seres capaces de amarse y perpetuar, en algún lejano planeta, más hospitalario que aquél, su propia especie humana, hoy en día virtualmente extinguida en tantos sistemas solares.

—Pobre Czar... —murmuró apagadamente Galia, mirando tristemente el cuerpo inmóvil, sobre el desierto ceniciento—. Pobrecillo.

—Sí, Galia. Pobre Czar. Lo hizo todo por salvarnos. Su último acto de magia. Su último esfuerzo mental para impedir el triunfo de las tinieblas. Estaba cansado de vivir, de ser viejo. Pero tuvo un último rasgo de genio. Y su mayor victoria, al vencer a su enemiga mortal. Démosle gracias siempre, Galia. Sin su ayuda, jamás podríamos abandonar este mundo horrible. Que es lo que ahora vamos a hacer ya, sin pérdida de tiempo...

—¿Y esos dos? —señaló a los azules que yacían en el suelo de Ecstasy, todavía inconscientes.

—No podemos subirles a bordo. En esas naves sólo cabe una persona, Galia. Iremos los dos, ocupando un hueco mínimo. Pero para ambos bastará.

—¿Y qué va a ser de ellos?

—Aquí hay alimentos y agua. Sidérea enviará otros exterminadores para acabar con ellos dos. Si realmente vuelven a ser humanos, como yo, lucharán por su libertad. Y tal vez consigan vencer, no lo sé. Ese será su propio problema. No podemos hacer nada por ellos. Nuestra propia salvación está sólo en esa nave, que nos llevará a un lugar al que nunca llegue la mano asesina de mis antiguos amos. No podemos elegir, Galia. O eso..., o morir aquí con ellos.

—¿Y en esa nave tuya? ¿Hay alimentos?—Todas tienen alimentos deshidratados y también hidratos concentrados para calmar la sed. No te preocupes. Contando con esa nave, contamos con una posibilidad de supervivencia. Vayamos a bordo.

Galia aún dudé, mirando con cierta tristeza a los dos ejecutores inconscientes. Luego, corrió junto a

Cyrus. Entraron en la nave azul. El cerró la escotilla. Pulsó unos mandos.

Y con el silbante sonido de los motores termonucleares, la nave se elevó con rapidez, dejando atrás, definitivamente, el suelo siniestro del planeta Ecstasy, en el Núcleo Solar Noventa y Dos.

Galia, sin dar crédito a sus ojos, contempló el alejamiento de aquel planeta. Al otro lado de las ventanas asomadas al espacio, miríadas de estrellas y nebulosas distantes, formaban el panorama más fantástico y esperanzador que podía imaginarse para una fuga graciosa y definitiva, camino del futuro, de la esperanza, del amor y, tal vez, de la oportunidad más resplandeciente y maravillosa que dos seres humanoides tendrían jamás para perpetuar su especie y conocer el alba de una nueva Humanidad, en cualquier mundo todavía por poblar…

Las negras ciudades de metal retorcido, que un día fuera metal resplandeciente y altivo, y luego candentes bajo el cataclismo planetario, se distanciaron en la vasta extensión grisácea de los desiertos de ceniza y de muerte, donde ahora dos hombres azules, como Cyrus, rotas sus cadenas de androides asesinos programados a distancia esperaban tener también su propia oportunidad, no lejos del cadáver del viejo y rugoso hombrecillo con vejez de milenios, cuyo supremo sacrificio y esfuerzo había dado este fruto maravilloso que era la libertad, la liberación humana, vital y espiritual, de dos seres que se amaban, camino de otros mundos, camino de las estrellas.

Camino de la propia vida…

FIN